

En ciernes Epistolarias



Revista N.3 - Año II-2012 / Buenos Aires-Argentina / \$30.

EDITORIAL

En un prólogo de David Viñas a *El matadero* de Esteban Echeverría se lee, además de lo ya oído (que la literatura argentina comienza con Rosas y que es *El matadero* el que inaugura la narrativa de nuestro país), que en este relato se esbozan las líneas fundamentales de la situación básica del escritor. Viñas, a su habitual gesta político-reflexiva de construir series, cifras antagónicas, le agrega, y en un mismo gesto, una indagación sobre el sustrato político-epistemológico del acto escritural, la pregunta (anhelo o desconsuelo) de una escritura que pugne por un "decir categórico", un "gran trazo" versus (porque de confrontaciones estamos hablando) una escritura del "parche", de la "monografía" ("módicas y sabrosas alcahueterías"). Sugiriendo que la primera es la de pretendidos héroes ambiciosos y la segunda la de desertores, desafiados, resignados, abdicados (por si el plan de combate no había quedado aún del todo esbozado)

Esto lo escribe Viñas en el 67 pero (como pasa con autores de esta calaña) parece dicho ayer. Se lo convoca a escribir sobre el que considera un "cuento memorable de la literatura universal" (tal la propuesta de "El libro de los autores" convocada por Pirí Lugones —hija del Lugones picanero, nieta del famoso poeta, pareja de Walsh, desaparecida en la dictadura, vaya pergaminos—). Es decir, en el caso de Viñas, se lo convoca implícita, explícitamente a escribir sobre *El matadero*, o sea, sobre el escenario cárnico que funda no solo la literatura argentina sino una tipología político-social que pervive. Y "termina", Viñas, escribiendo sobre la carnalidad del escritor, del intelectual.

Y nos exigimos preguntar(nos): ¿qué dicen estas palabras sobre, ya no sólo la escritura contemporánea, sino sobre la figura (diluida) del intelectual, y sobre su (no menos diluido y diluyente) supuesto reemplazante, el académico-becario, cuya mayor batalla parece ser la burocrática, pugnando por una nueva beca que lo mantenga en una suerte de estado límbico indefinido? ¿Qué nos dice este "reemplazo" sobre el cifrado del mapa político-cultural actual, sobre las tipologías, los antagonismos en los que se actualiza la incesante re-fundación nacional?

Denuncia Viñas, lo módico y poco estratégico, lo ineficaz, la falta de arrojo (lo *pasivo*) de la intelectualidad argentina y su lógica de extractos, rejunte de datos, parches y monografías. Y, se disculpará la insitencia, en 1967, lejos del actual sistema académico, hiper-especializado, mega-compartimentado. En definitiva, la proclama-denuncia-apología es contra una automatización, la de la academia, del académico, que en tanto máquina (de papers), se torna dispositivo a-responsable, automatizado/automatizante, descarnalizado, falto de la intentona de un "gran trazo", una gran teoría. Esto lo escribe, Viñas, como prólogo de *El matadero*. De lo que habla, en suma, es de máquinas, carnívoras, ambas.

La carne, entonces, nos convoca, nos acosa. En sus imágenes (Echeverría, claro, pero con/desde él, Alonso, pero también Bacon, Salamone), sus obsesiones (Eva, la Coca Sarli), las nuestras (matar-al-padre). Y como alusión política: siendo que fuimos/somos (y en el mejor de los casos) carnes de cañón. Cuerpos los nuestros, arrojados (o no) a la arena pública, signando un destino común (o no). De la ética sacrificial al matar sistemático, pulsional, y eludido, invisibilizado sintomáticamente (los mataderos, de animales y no sólo, como cifra nacional) a la amistad, en tanto carnes sazonadas en un hervir juntos, de un intercambio afectivo de unas viajeros, de una epistola "libertadora" y angustiante, de una añoranza, un oficio y un desierto vuelto nación, de una imagen hecha postal, de un debate por la historia y sus valencias, re-apropiadoras, pura potencia, de un ver/no ver política en imágenes estudiantiles.

Sea mediante éticas militantes (más o menos sacrificiales), utilitarias, o de cuerpos mó-dicos ante un entorno acuciante. En la política, la calle, la academia. Aunque lo abjuremos grácilmente, ¿no somos (no seguimos siendo) acaso pequeños-echeverría-ilustrados, que desde nuestras neo-trágicas pero encapsuladas -neoliberales- existencias, cabalgamos con aparente desprejuicio por entre matarifes, chusma, por sobre fluidos cárnicos, en un su-puesto enchastrarnos, y con reflexividad auto-conciente, auto-flagelante? ¿Acaso hay modo de excluirnos de una descarnalizada extranjería fundante? ¿O es desde una particularidad encarnada desde donde podemos erigirnos pretendidamente universales?

También esto lo responde Viñas: la superación de la problemática del escritor (entre di-solverse en la masa, y erigirse sobre ella) se dará cuando "el escritor concluya de ser jinete por los arrabales, exiliado en su cuarto, en París o en el limbo, águila de montañas más o menos do-radas, testigo impasible o enternecido, para convertirse en un hombre entre los hombres".

Especial La Carne

Una carta inicia el recorrido. El destinatario responde, pero a otro remitente. El juego se prolonga, como en una ronda, hasta cerrar el círculo. Es el círculo de los que creyeron que había que editar una revista enteramente compuesta por cartas. Quien envía la primera recibe la última. Un juego de postas que pone en movimiento una escritura que no busca respuestas. Sin embargo, en su recorrido encuentra algunas. La amistad hace lo suyo y cada carta se encadena a la siguiente. En este tercer número nos convoca la escritura de la carne.





DE RUSSO A BOVERIO

Enero 2012. San Javier, Córdoba

Estimado,

Desde esta mañana apacible, rodeado por una foresta con todas las gamas de verdes que pueda imaginarse, y por un alborotado sonido de pájaros, aquí, en la llamada traslasierra (un detrás de la sierra mirado y nombrado –siempre– desde Buenos Aires; desde un unitarismo fundante arraigado hasta en los nombres, o desde ellos), desde aquí, estimado amigo, le escribo.

Y lo primero que querría decirle es que esta escena bucólica que se podrá imaginar, como toda escena bucólica, como toda "escena", en parte, engaña. Lejos de lo que incluso puedan pensar quienes me vean aquí, en esta silla hamaca que perteneció a mi abuela, con un mate y unos cigarros para armar a mi lado, escribiendo, contemplando (conformando) tan idílico escenario de una soleada mañana serrana, cual mitología barthesiana de "escritor en vacaciones". Lejos de lo que esta escena puede representar, no estoy tranquilo. Mi carne trema.

Infiernos íntimos, como los que se alojan en nuestras articulaciones, en nuestros músculos, y que se expresan en imágenes, elucubraciones insoportables, y en un cuerpo inquieto, en carne viva, no dejan de acosar, de acosarme. Aquellos, que emergen y maceran en nuestras relaciones con otros, que de tan cercanos son nuestra propia carne, hacen de este bucólico escenario, pantalla expiatoria, bálsamo anestésico.

Pero quiero contarle una (otra) historia (quizás para eludir, o para aludir, pero de modo otro, aquellos infiernos mencionados), quiero narrarle la historia de un viaje. Viaje que he hecho hace algunos días, por varios pueblos de la provincia de Buenos Aires. Pueblos del suroeste bonaerense sembrados, como hoy de soja, de edificaciones igual de ambiciosas, aunque arraigadas éstas en un proyecto nacionalista-vanguardista, y de largo aliento (de cuando las vanguardias, políticas, estéticas, pensaban un futuro nacional, y no solo en su absoluto y empresarial fulguroso presente)

Francisco Salamone, arquitecto italo argentino, entre 1936 y 1940, realizó varias decenas de edificaciones (a ellas me refiero), y como plan de gobierno de Manuel Fresco (gobernador de la provincia en la presidencia de facto de Uriburu, y filo fascista), en pueblos (algunos) que no superaban el millar de habitantes, desconocidos aún hoy para nuestro sentido común cartográfico. De los edificios que realizó esta dupla: municipalidades, cementerios, plazas; yo fui tras sus mataderos.

Se preguntará, intuyo, Boverio, por qué de este berretín: salir un enero (este) a buscar mataderos por pueblos como Guaminí, Carhué, Saldungaray. Y no crea que tengo una res-

puesta sólida al respecto. Pero le podría decir que puede responderse en parte por lo que anida en el segundo párrafo de esta carta que le escribo (aludiendo a carnes tremando en ambientes bucólicos). Y que podría traducirse en pomposa y académica terminología (o sea en esos modos abstractos del lenguaje que se nos imponen de formas terriblemente naturales), en algo así como un "indagar huellas de ciertas estéticas de la violencia". O en este otro párrafo condensador, igual de neutralizador y aparatoso, pero que me gusta algo más: "hurgar las retóricas de la carne" (disculpe una nueva digresión —sabe que soy afecto a ellas—, pero no habría que perder de vista la virulencia misma de toda —esta— conceptualización, de su despotismo, de su ser punto de partida, pero a la vez clave/cárcel de lectura. Pero cómo no decirle también que, para lanzarme a la conquista de un texto, las necesito —o creo necesitarlas—, y casi tanto como el mate y los cigarrillos que acompañan mi mesa)

Anduve pues por estos pueblos en parte por un impulso o intuición digamos intelectual, aunque también podría decir experiencial, en tanto cuerpo lanzado a las peripecias, a las vitalizadoras incertidumbres de un (todo) viaje, tras "retóricas de la carne", que en estas tierras por las que estuve se condensaron al menos dos actos, dos escenas: a la de los mataderos salamónicos se le sumó una historia inesperada, pero que allí estaba, debajo de mis pies como "los campos que yacen bajo el pavimento (y de los que pronto pudieran surgir hordas que nos pasaran a cuchillo)", al inquietante decir estradiano. Dos escenas entonces que anudan varias zonas, varios territorios (que se imbrican verás a su vez en las mismas querellas) Así, de repente, en este (mi) enero, la política y la literatura, la técnica y la estética, se me vieron junto a mí (por mí) estar curioso, trepitante, revueltas en un mejunje de pala y fusil, hormigón y vacas, y faenas de todo tipo.

Los mataderos municipales en esta zona fueron creados a fines de los 30. Y diez años luego de su inauguración, Doriche entraba a trabajar en el de Coronel Pringles. Hoy, este prepotente y entusiasta veterano del cuchillo vive enfrente del viejo matadero ya en desuso, sin poder levantarse de la silla, con unas rodillas maltrechas por el trabajo mataderil a destajo. "Sabés la cantidad de chanchos que maté yo", dice desafiante y nostálgico apenas me siento. "A mí una vaca en el campo no me duraba 40 minutos, en el matadero 15". Sus habilidades de cuchillero las narra orgulloso desde una silla que apenas contiene un cuerpo que tiende frustrado a querer abandonarla. Se agarra de los apoyabrazos e inclinando el cuerpo para adelante sigue: "acá hicieron un desastre, este matadero aún podría funcionar, ahora con el frigorífico, el precio lo ponen ellos, y te venden cualquier mierda".

A Doriche lo llevó al matadero cuando tenía 12 años Bustamante, "el último sobreviviente a la inauguración del matadero de Salamone", tal como se autoproclama, desde detrás del mostrador de su quiosco, a sus 94 años, y a unas cuerdas de lo de Doriche, enfrente del sanatorio Pringles. Antes del matadero municipal, se faenaba descalzo, en el suelo, me dice, en el matadero de Los



Corrales. Y cómo no decirte, querido amigo, que mientras Bustamante hablaba, yo me representaba, claro, al Matadero de Echeverría, con su revoltijo de sangre, cuchillos, barro y chusma. Casi cien años luego del texto de Echeverría, en Coronel Pringles, en los 30, se seguía faenando del mismo modo bárbaro que indignaba al civilizado(r) antirrosista, desde su exilio montevideano.

He aquí una de las fronteras en la que estuve: la que separa/une un modo de producción a otro, una filosofía (de la técnica, entre otras), un paradigma de otro. Y la sospecha inoculando al ideario civilizatorio apologetico y triunfante: el progreso no fue tal, la máquina volviéndose contra la comunidad. El frigorífico, luego del matadero de Los Corrales, y del más tecnificado de Salamone, como expresión de la consagración trágica de la razón ilustrada, la razón técnico instrumental (lo sabrá, el tufillo adorniano de estas palabras no es casual)

El matador Doriche y Bustamante –conocedores de barbaries faenadoras–, ambos carnes de cañón de políticas carniceras (con sus cuerpos machacados, huellas de maquinarias que no sólo matan animales sino –y de a poco, de modos invisibles– a sus propios operarios), Doriche y Bustamante, sin desearlo, ni proponérselo (tal la imposibilidad de elección del alienado) fueron testigos, actores involuntarios de retóricas, estéticas, estetizaciones de la política. En este caso, la de la arquitectura de Salamone que, atravesando el karma de la nominación, de los –ismos, diciéndose de ella que fue fascista, monumentalista, funcionalista, Art decó, como marca de una época de vanguardias, los 30, se la endilgó de futurista, encajándose a esa misma razón técnica que viendo en las máquinas la carnadura del progreso, podía prefigurar al frigorífico como el grado sumo de la tecnificación cárnica.

Pero hay otro y fundamental –ismo que atraviesa la obra de Salamone. Manuel Fresco, el gobernador que además de darle a Mar del Plata el aspecto señorial y aristocrático de su casino y hotel provincial, de la mano del arquitecto Bustillo, tenía una concepción (y así un modo privilegiado de representación) de la Nación que intentaba emular la de un Mussolini, un Hitler (se dice que para la inauguración de las obras de Azul, la plaza principal se pobló de banderas con esvásticas –hasta ese entonces, previo a la segunda guerra mundial, “sólo” banderas oficiales de la Alemania del III Reich– debido a una colonia alemana numerosa en esa zona del centro bonaerense) Así, el nacionalismo de Fresco, más allá de estos “pequeños detalles anecdóticos”, se expresaba en querer poblar los márgenes de su provincia con edificaciones monumentales y estrambóticas (al menos para el paisaje chato de donde propone erigirlas) Y para esto lo convoca a Salamone y le da ilimitada cantidad de recursos económicos así como libertad estética. La Nación, así, extendiéndose más allá de los límites de su Capital, y poblando no sólo de granos los campos que hacían a la Patria terrateniente reinante.

Nacionalismo de los años 30, que no es más (ni menos) que un capítulo (de una saga) de un pensar la Nación en estas mismas tierras, en las que (y he aquí el segundo acto, la segunda escena a la que quería referirme) algunos años antes de Roca, Adolfo Alsina, entre los años

1876 y 1877, lleva adelante un "forjar la nación". Librar el último combate con ese "resto", ese otro necesario, privilegiado, faenable: el indio. A través de una política, a la postre moderada, Alsina intenta controlar (civilizar por contagio) al indio, y así el robo del ganado, intentando correrlo (al indio) de a poco, impidiendo, al menos entorpeciendo su paso, a partir de la construcción de una zanja (la luego conocida "Zanja de Alsina), que se extendería 400 kilómetros. Pero al poco tiempo Alsina muere y su sucesor como ministro de guerra de Avellaneda, Roca, decidirá cambiar de política por una (vaya si) ofensiva, radical, terminal, sin intentos de disuasión mediante.

La Zanja fue poblando el mismo suroeste de la provincia de Buenos Aires en el que Salamone, varias décadas después, hizo sesenta edificaciones en cuatro años. Caseríos (como los de Guaminí, Carhué, Puán) fueron surgiendo de los fortines que la zanja iba sembrando a su paso. Conformados por puñados de hombres que guerrearon en el Paraguay, y aprestándose así a otro inminente exterminio. Pero por ahora, cavaban. Aunque hambreados, humillados, protagonizaban escenas de "horrorosa inhumanidad" tal un cronista de la época describió el estado del cuerpo del jefe del fortín de lo que hoy es Saldungaray ante la sublevación de sus famélicos dirigidos.

Verá, Boverio, que estamos ante historias de cuerpos maltrechos, extirpados, carcomidos por proyectos nacionales, que los incitan a lanzarse a (los conforman como) inhumanidades horrosas, o sea, estamos (estuve) en las fronteras ya no sólo de una nación en ciernes sino de la propia condición de sus humanos cuerpos. O mejor dicho, de una Nación constituyéndose a través de cuerpos en la frontera de su propia humanidad. Cuerpos, carnes de cañón, como los de los cuchilleros de Pringles que irán de la política de la pala y fosa a la del fusil y la fosa común. Indios y soldados de frontera, como un mismo insumo cárnico para un proyecto nacional signado por una diferencia (civilización/barbarie) que resulta indisociable (no sólo) en la frontera, que en estas tierras en las que anduve configuró.

Y pienso, cómo se reconfigura esta disgregante diada, en tiempos de muticulturalismos, o sea de límites aparentemente diluidos, tiempos (dicen) des-territorializados. Pienso, frontera de qué, y para quién, siguen siendo hoy estas tierras, sus pobladores, sus historias. Cómo perviven aquellas fronteras, en qué se transfiguraron. Qué nuevo desierto para qué nueva Nación construyen (parafraseando el título del libro de Fermín Rodríguez, "Un desierto para la Nación", que me acompañó en todo este periplo) Estas tierras, que ganadas al indio se transformaron en pura ganancia terrateniente. Conquistas de desiertos que configuraron la distribución concentrada de la tierra que consituyó una nación, y aún pervive (la concentración, y la conquista, más al sur, más al norte), y se expresa en los transfigurados sojeros de Hilux andar, por pavimentos, sin hordas a la vista, sorteando impávidos y peregrinos malones de piquetes mapuche, quom, o vueltos ellos neo piqueteros cool si sus rindes e impuestos son apenas tibiamente cuestionados, preocupados por fantasmáticas nuevas zanjas



que apenas protegen de imaginarios neo malones de inmigrantes de *baja calaña*. A propósito, a punto estuve de hospedarme en una casa de familia en Coronel Pringles, donde una vieja de alta alcurnia venida a menos me prepoté sin razón, y en la que al salir puteando bajo, leo en su ventana "Apoyamos al campo". Y me la imaginé, cortando la ruta, piqueteando, ella, dejando el hospedaje al cuidado de su sirvienta de sangre india.

Disculpe si me entusiasmé, y terminé escribiéndole casi un diario de viaje en dos actos. Pero creo fue la única forma de lidiar con este tremar cárnico que el "estar de vacaciones en familia" parece potenciar a niveles insospechados. Así todo, y como no podía ser de otro modo, los fantasmas de mi reciente viaje (los cuchilleros, las hordas, la vieja chota), aquí sentado, me acosan, y revitalizan, haciéndome volver a vivir ese estado de pura pulsión aventurera, en el que todo viaje mochila al hombro parece arrastrarnos. Porque qué son, Boverio, los viajes sino ese abandonarse en historias otras, de otros, y transformarnos, y ser nosotros potencial experiencialmente otros. Recuerdo una idea que Paul Bowles detallaba en "El cielo protector", la de la diferencia entre el viajero y el turista. ¿La recuerda? El primero poniendo en riesgo sus propias certezas indiosincráticas, culturales, dejándose inundar por aquellas a las que "visita". El segundo, el turista, cuerpo inconmovible, salvo por las consecuencias del consumo (lo Otro vuelto consumo), volviéndose mercancía (tanto él, como el otro). O sea, uno, un cuerpo fulgurante de experiencias, vuelto experiencia viva, vuelto carne-viva; el otro, cuerpo muerto, insumo de políticas cosificantes, cosificadoras.

El atardecer en las sierras (que no están detrás, sino frente mío) construye escenarios lumínicos de prepotente belleza cliché. En toda su siniestra ambivalencia, me acomodo en la silla hamaca, y me preparo otro cigarro. Y pienso en los mundos que nuestra mente crea, y como terminan condicionando nuestro propio estar. Y que a estos "relatos cárnicos" con los que lo martiricé en estas líneas, no puedo dejar de entramarlos con los ya canónicos cimientos (no sólo) narrativos de nuestra Nación. Claro, me dirá, al atribulado famoso decir de Viñas, fundada por una violación, a pasitos de un matadero. Y sí, responderé, con la vital y necesaria recurrente actualización de un cuerpo (el mío, esta vez) emplazado en estos territorios de fronteras varias, pisando, embadurnándose de éstas tierras regadas de sangre, intercambiando miradas, palabras con aquellos que lejos de mediaciones intelectuales con estos hechos, los tienen encarnados y vueltos su propio estar, su propio pensar, narrar.

La escena final, el comienzo y fin de todo esto, es (y vaya si nos interesa el asunto) la actuación de un (éste) escribiente, tratando de pensar por medio de la escritura. Abriendo un paréntesis (más) en la historia de nuestra tierra, y en la del paréntesis (o sea, del pensar, al sesgo) consigo mismo. Lo bucólico engaña, en definitiva, tanto como creerlo puro engaño.

A la espera de un próximo encuentro en el bar de siempre, le saludo afectuosamente,

Russo

DE BOVERIO A GUIÑAZÚ

Lucio querido,

Hace un rato releía una carta que Russo me envió en el verano, me contaba que estuvo viajando unos días por algunos pueblos de la pampa, tras la obra de Salamone. Qué espíritu el de este Russo, siempre de viaje, y en general a lugares medio insólitos: esta vez el loco se fue a ver esos mataderos perdidos en la pampa... imagino que fue a fotografiarlos, aunque en su carta no me dice a qué fue. Me dice, incluso, que no tiene razones sólidas para explicarlo si se las pidiera. ¿No viajamos muchas veces sólo para ver con nuestros propios ojos aquello que escuchamos o leímos de chicos? ¿No es una forma de recorrer con nuestros pies aquellas fantasías que construimos en nuestra adolescencia a partir de lo que nos contaron de algunos lugares míticos?

Yo no fui a la Pampa, pero sí me empeñé en una excursión hacia el interior de un misterioso edificio. Un edificio que, desde que me mudé acá a capital, siempre me resultó enigmático. Más de una noche, volviendo a casa por la calle Anchorena, entré a tomar algo en el bar que está justito enfrente y, de paso, aprovechaba para mirar un poco de qué iba la cosa en la entrada. Una puerta principal bastante grande, de madera, siempre abierta de par en par, y luego, a medio metro, una puerta de vidrio oscura que permanece cerrada la mayor parte del tiempo, custodiada por gente de seguridad que está siempre firme, ahí. Los autos importados estacionados en segunda fila frente a la puerta terminan de darte una idea general de la escena. El lugar no tiene nombre. Hay un letrero chiquito que dice "apart hotel", pero te aseguro que nadie podría creer que es eso. O al menos nadie podría creer que es solamente un tiempo compartido.

Bueno, la cosa es que la semana pasada, en el barcito ése de enfrente, mientras tomaba algo leyendo sin mucho entusiasmo algunas monografías que tenía que corregir, y esperaba que pasara a buscarme S., empecé a escuchar la conversación de una pareja que estaba sentada a dos mesas de distancia. No escuchaba todo lo que decían, pero entendí que estaban hablando de una chica que les gustaba a los dos, que quién de los dos tenía que encararla, si él o si ella, si los dos juntos. En fin, le daban vueltas a estrategias para seducirla. Seguí corrigiendo un poco hasta que escuché la palabra darkroom, que para mí tenía una asociación exclusiva: el bueno de Foucault y sus noches libertinas. La palabra salió de la boca de la mina. Una morocha que partía la tierra, Lucio. La mina, un poco borracha, no dejó de reírse en toda la noche. Pero no era una risa tonta, todo lo contrario. Me perturbó un poco, incluso, el brillo de inteligencia que tenía en los ojos. Me miró un par de veces. El tipo con el que ella estaba, en cambio, no me decía nada. Ahora, cuando salieron, enfilaron directo para el edificio de enfrente. Ésa fue la confirmación de que no era un puterío. Ahí mismo empecé a pensar



cómo sería por dentro: si irían únicamente parejas, si serían solamente habitaciones o si habría algo así como un boliche, cómo sería la dinámica... A veces me surge algo de lo que supongo en algún momento me llevó a estudiar sociología. Sí, somos sociólogos, renegados pero sociólogos después de todo.

Cuando llegó al bar S., le conté esto que te cuento a vos, y le propuse que fuéramos el fin de semana próximo. Con el simpático lance que tiene de redoblar toda apuesta (¿será su juventud?), me dijo que fuéramos ese mismo día. En pocas palabras, me terminó llevando ella, Lucio. Y fuimos de aventura, nomás. Después de atravesar la puerta, pagamos una entrada "de pareja", que incluía, nos dijeron, dos tragos. La dinámica era aparentemente la de un boliche. La rubia de la entrada, mientras nos cobraba, nos preguntó si conocíamos el sistema. "No", le respondimos los dos al unísono. Nos dijo que subiéramos por el ascensor, al tercer piso, que ahí nos iban a orientar los coordinadores. Así los llamó: "coordinadores". Tomamos el ascensor con el impulso de la confianza que nos tenemos mutuamente. No sabíamos adónde subíamos, pero subíamos. En el tercer piso había algo de movimiento, pero nadie con aspecto de "coordinador". Mejor, pensé. Estábamos a media luz, en un pasillo principal que daba a unas salas algo más oscuras. Pero algo se veía. Nos dimos la mano, casi instintivamente, y entramos a una. Lucio: cuatro o cinco parejas garchando, ahí, como si nada, sobre una cama enorme. Era un tumulto de cuerpos, no sé cómo describirlo, nunca vi algo igual. Al costado había varias parejas, medio asiladas, algunas mirando, pero todas estaban como a la espera. Vos te debés estar riendo, pero nuestra primera reacción fue el rechazo. Salimos de ahí. Mientras nos íbamos un tipo le tocó el brazo a S. ¿Una forma de comunicación?

En el pasillo de nuevo, esa vez sí, había una mujer que nos preguntó si conocíamos el lugar. Nos llevó a un costado y nos explicó cómo funcionaba. "La máxima de este club es el respeto", fue lo primero que nos dijo. Parecía tímida para lo que estaba pasando alrededor, le temblaba un poco la voz. Siguió: "Nadie puede obligarlos a hacer algo que no quieran". No entramos imaginando que pudiera suceder algo diferente a eso, pero no dijimos nada, la dejamos seguir. "Si quieren estar con una pareja pueden acariciarla, suavemente, y si les dicen que no, ustedes no tienen que insistir. Y viceversa". La única comunicación que había era, efectivamente, la del toque. No se hablaba, o principalmente no se hablaba. Era ver algo que gustaba y tocarlo: acariciar un cuerpo y luego trenzarse. La carne sin ningún otro valor más que el de ella misma. Sentí asco pero traté de disimularlo, y pregunté por los tragos, si no había un lugar para bailar o algo así. "Sí, claro, en el quinto piso", nos dijo. Subimos por las escaleras, queríamos salir de ahí. El edificio parecía ser un viejo hotel refaccionado. Llegamos a la pista. Sonaba música electrónica, diría, y la gente era más joven de lo que imaginaba: en general parejas, aunque también había tipos solos y alguna que otra mina bollando. Pisábamos terreno más firme que el del tercer piso, así que fuimos a la barra a buscar dos gintonic. Bailamos largo rato entre nosotros, también en

algún momento con alguna que otra pareja, hasta que, con la confianza de tener una visión más de conjunto, bajamos de nuevo al tercero a ver más tranquilos de qué se trataba. Recorrimos casi todas las salas, en una incluso había un "glory hole". Nos volvieron a tocar, y más de una vez. A ella, en verdad. Y siempre los que tocaron fueron tipos. Soy más feo que ella, claro, ¿pero siempre a ella? Muy previsible y simple la cosa, me pareció, como el machismo. Nosotros íbamos de un lado a otro, de una sala a otra, casi corriendo. Nos reíamos. Ella se reía mucho. Siento que no estábamos ahí, que de alguna manera estábamos y no estábamos. Más rápido, cada vez más rápido, salíamos y entrábamos de las salas, hasta que de nuevo volvimos al quinto piso. Y así terminamos la noche: bailando.

Un edificio de Buenos Aires dejó de ser enigmático. Se convirtió en algo simple, en un edificio trivial. Esta impresión no hace más que confirmar algo que pienso desde hace tiempo, que los modos de transgresión que predominan son muy superficiales. Y, en el fondo, individualistas. La carne es el escenario de una batalla que día a día el hombre libra consigo mismo. La carne es, para el hombre, un desafío. Creo, Lucio, que ese desafío puede asumirse con mayor o menor valor, y es justamente el valor lo que abre la dimensión de desafío. La bestia no tiene desafío alguno con la carne, no hay una dimensión de valor en su carne. Para la bestia la carne yace desnuda. La bestia concibe la carne como despojada de todo valor. Por eso cualquier hombre que niega el valor de otro hombre, y se queda sólo con su carne, niega la humanidad del hombre. Y, en ese mismo movimiento, se convierte en una bestia. Sucede algo análogo, y complementario, con quien quiere despojar al espíritu de la carne, esa voluntad tan cristiana que atraviesa todas las Confesiones de San Agustín, y que Pablo en la Epístola a los gálatas la expresa en una sola sentencia: "Andad en el espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne". Esa negación de la carne, es también negación de lo humano.

Alguien me dijo una vez: "Si a animal político le sacás político, ¿qué te queda?". Ya sabés, Lucio, que hay frases que no olvido. Sumá esta. La respuesta parece obvia: si a animal político le sacás político, te queda animal. ¿Pero eso qué significa? Nada que no sepamos, y sin embargo el subrayado muchas veces es fundamental para el pensamiento, ¿no? Creo que lo que me quería subrayar con esa frase era que el hombre también es animal. Y si es animal político, es porque lo político está en su carne. Ese anudamiento es fundamental. Por eso tampoco podemos pensar lo sexual como algo externo o ajeno a lo político. La politicidad está en la carne misma, y es por ello que nada de lo carnal puede pensarse como algo totalmente privado o íntimo. Existen políticas de la carne que sobredeterminan todo comportamiento con respecto a ella. Y que son supuestas, a su vez, por lo que Russo llama retóricas de la carne.

Dos o tres días después de entrar en ese edificio, casi por casualidad, vi una notable película en la sala Godard, ahí en el subsuelo del hotel Elevage. Pocas son las películas que sentimos como propias, ¿no? En ellas, nuestra sensibilidad, siempre esquiva, aparece expuesta de



una manera tan palpable al punto de que no podemos dejar de verlas una y otra vez. Es como si viéndolas nos conociéramos más a nosotros mismos. Hace un rato acabo de verla por tercera vez. Se llama Canciones de amor, del francés Christophe Honoré, el mismo que había hecho una versión filmica exquisita de la novela Mi madre de Bataille. La contracara de lo que te cuento que vi en ese edificio. En el cine de Honoré se dibujan subjetividades que, aferrándose al impulso de sus propios cuerpos, niegan el valor que los hace ser quienes son. Hay allí una verdadera búsqueda. Es la narración de la complejidad amorosa de una serie de subjetividades en fuga que adquieren, en ese trance, una libertad que, lejos de ser individualista, preserva la trama de sensibilidad común en diversas y nuevas formas de sexualidad. Es un trance arduo, muy arduo. Y uno se pregunta: ¿tan difícil es transgredir la forma tradicional de la familia? Creo que no hay nada tan complejo.

Alejandro

DE GUÑAZÚ A RONSINO

Ronsino querido:

Todavía conservo en mi memoria el transcurrir de un acontecimiento sumamente extraño en el que me vi involucrado la semana pasada, una anécdota, si querés, que me urge transmitirte y que es en parte el motivo por el cual te escribo.

Caminaba por la avenida de los Constituyentes, más conocida por la gente de Pacheco como la ruta 9. Eran aproximadamente las 10 de la noche y yo salía de lo de mi hermano que vive por la Ford. Iba a la parada del 60 para volverme a casa, recuerdo nítidamente que crucé las vías del Mitre, el ramal que va de Victoria a Capilla del Señor. Justo cuando estaba llegando a la parada vi a un grupo de muchachos apoyados sobre el capot de un Falcon Spring todo destruido. Estaban fumando y charlaban sobre el último triunfo de Boca en la copa. Paré para pedirles fuego y mientras prendía mi pucho pude observar el reflejo de nuestras figuras, en la vidriera de una casa de sepelios, estaban distorsionadas, como alargadas, por momentos algunas figuras se unían y daban lugar a formas extrañas, combinaciones de cuerpos con cuatro pies y sin cabeza o cosas por el estilo. Miré tras el vidrio y leí en el cartel el nombre del difunto, estaba escrito en un cartel de esos de telgopor cubiertos con un paño negro al que se le pinchan las letras de plástico blancas. Y el nombre que formaban esas letras era el de Javier Collaso.

A Collaso lo conocí hará unos 10 años, tengo recuerdos concretos y bien definidos de aquella época, aunque un poco inconexos. Recuerdo que era amigo de un amigo de Entre

Ríos. Había venido a Buenos Aires por un laburo, pero para cuando lo conocí ya hacía 5 meses que no trabajaba. Lo veía solamente en el bar del Hacha, un bar hermoso que estaba, porque ya no existe más, a unas cuadras de la casa de velatorios que por aquel entonces no existía. El bar estaba siempre lleno de cincuentones desempleados que tomaban vino con un chorrito de soda. Vino en cartón, más blanco que tinto y siempre servido en vasos de vidrio esmerilados de dudosa higiene. También había muchos jóvenes de entre 20 y 25 años que tomaban cerveza y escuchaban Metal y Rock Nacional en la victrola. La victrola era nuevita, la habían puesto recientemente y tenía más que nada, curiosa casualidad, discos de Rock Nacional y Metal. Al bar íbamos, entonces, los cincuentones desempleados, los jóvenes rockeros y un pequeño grupo de amigos que, para ser sincero, no éramos ni cincuentones desempleados ni jóvenes rockeros. Con Collaso jugábamos al pool siempre que yo llegaba al bar antes que mis amigos. Era un gran jugador. Mientras jugábamos él me hablaba mucho de Entre Ríos, de la pesca, de la carnada que se debía utilizar para sacar boguitas, qué es lo que uno tiene que usar de carnada —decía— si quiere pescar doraditos o taruchas, que son los bichos carnívoros del río, que en realidad son los bichos que uno quiere porque son los más sabrosos. También recordaba mucho cuando trabajaba cortando juncos y limpiando pescados en la isla. Pero lo que más le interesaba, según voy recordando, era el fútbol. Siempre me nombraba al Mortero de Rufino, un centro Jass que, según decía, era mucho mejor que Maradona, pero que como le gustaban mucho las putas y el chupi, terminó para la mierda. Después me vine para acá y ya no lo vi más.

Entonces, camino por la avenida de los Constituyentes, más conocida como la ruta 9 y veo el cartel con el nombre de Collaso en una casa de velorios. Después de dudar un poco subo y me acerco al grupo que se reúne en torno al muerto. En la sala no hay más de 5 personas y el cajón está cerrado. Saludo a todos, en especial a una mujer que parece ser la novia o la esposa de Collaso. Me quedo un rato, le digo a la mujer que lo siento mucho, que yo lo había conocido a Collaso hacía unos años y que habíamos sido como amigos, que era una lástima, que era un hombre joven, qué se le va a hacer y qué sé yo qué más le digo. La cuestión es que el cajón está cerrado porque el cuerpo, según decían, estaba destrozado. Por lo que pude averiguar Collaso se suicidó, se tiró bajo el tren a unas cuadras de ahí.

Después de un rato bajo a fumarme un pucho, lo prendo y mientras escucho a los muchachos que siguen hablando de fútbol, me siento abatido, triste, no tanto por la muerte de Collaso sino más bien por ver a sus amigos hablando de fútbol mientras arriba la mujer llora. Pienso que esos mismos jóvenes cuando suban pondrán cara seria, que la sala mortuoria les proporcionará el microclima de tristeza que el exterior les niega y sobre todo, pienso que algo de la indiferencia que estos jóvenes muestran por la muerte está indefectiblemente vinculada a nuestra forma de ver el mundo.



Estuve en el velorio más o menos 2 horas, después me fui a mi casa pensando en ese conjunto de imágenes que todavía hoy no puedo sacarme de la cabeza y en la relación que ellas tenían con nuestro tema. La Carne. Recordé también que hacía unos días había recibido una carta de Boverio en la que me hablaba de esto mismo y me citaba la biblia, la epístola a los Gálatas de Pablo, esa en la que se habla de la renuncia a los deseos de la carne. Pero aunque involucra a la religión, en realidad la carta de Boverio es una carta exploratoria que en muchos aspectos se ve desbordada por una experiencia que juega entre el erotismo y lo religioso, una carta que pone el acento en el tema de la carne pensada a partir del cuerpo humano vivo y sensual, una incursión a lo raro y hasta a lo prohibido.

Muerte, religión y sexo, todo en relación a la carne. Es extraño ¿no? Algo que en principio parece tan concreto y que sin embargo puede remitirnos casi a cualquier cosa. Lugares extraños como la comida, lugares comunes como el sexo, lugares oscuros como la muerte y qué se yo cuántos más. La carne.

Durante el viaje pensé mucho en lo que había pasado, recorrí de forma desordenada ese conjunto de imágenes concretas que sin embargo se iban entremezclando confusamente y conformaban una trama extraña aunque levemente conocidas. En aquel momento no lo sabía, pero en cuanto llegué a casa y me puse a revisar algunos libros, descubrí que esas imágenes remitían a cuadros. Eran unos cuadros de Bacon, específicamente una serie que trata sobre la crucifixión. Fue como si el evento Collaso me hubiese transportado hasta esos cuadros y me hubiese depositado allí sin dejarme salir hasta que hiciera mi trabajo, hasta que descubriera de qué cuadros se trataba.

Te aclaro, Ronsino, que nunca vi una obra de Bacon en directo, sé que hace algunos años vino una muestra de él, algunos bocetos y garabatos, pero no fui a verla. En aquel entonces no estaba seguro, como no lo estoy ahora, de querer meterme en un museo a ver eso. En fin, a lo que voy, es a que siempre vi sus cuadros a través de libros o por la Internet lo que curiosamente viene a reforzar la representación que tengo de este pintor; porque Bacon, esto es lo curiosamente relacional, hizo muchas de sus obras a partir de fotos. La serie del Papa, esa donde aparece la figura de un papa que pareciera que se va desvaneciendo, esfumando, desintegrando. Bueno, esa serie, tiene su origen en un retrato del Papa Inocencio X que había realizado Velázquez tres siglos antes. Pero lo interesante es que Bacon no trabaja con la obra de Velázquez en sí, no es por ejemplo Rilke estudiando a Cezanne o a Rodin, un Rilke que va todos los días al museo y al taller a ver la obra en el caso de Cezanne y al artista en el caso de Rodin y que de allí saca su propia obra de arte. Por el contrario Bacon trabaja a partir de hojas sueltas y arrugadas, hojas desprendidas y abandonadas por los libros. Son los pliegues, las manchas de agua y aceite, los desperfectos producidos por manos descuidadas, sus propias manos; son, según creo, justamente estos desperfectos impregnados en las fotos y atravesados por la herrumbre de los días y las horas los que le interesan a

Bacon. Sus cuadros son una alegoría en muchos aspectos, porque los cuadros ya están allí en esas fotos y hasta se podría decir que las fotos son parte de su obra, pero en realidad lo que irrumpe, lo verdaderamente importante en la obra de Bacon no es la foto, ni la técnica, ni lo alegórico en sí mismo sino la inexorabilidad del tiempo descargando su furia sobre el objeto que después será retratado. Pero la serie de la cual te hablo es otra, se llama "Tres estudios para una crucifixión", es una obra en la que la carne humana se hace presente, una obra en la cual la carne se hace cuerpo y toma el cuerpo de otra carne, una carne de res. En un movimiento extraño, como todos los movimientos baconianos, la carne del hombre y la carne de la res se funden en una sola y deforme masa cárnica. Así me imaginaba yo el cadáver de Collaso, como un cuadro de Bacon, como esa serie de la crucifixión, que va de un acto en donde el hombre y la res están completamente separados a un acto donde la carne es una sola e indiferenciable masa humanorresica.

Bacon retomaba con esta serie un tema que lo marcaba desde hacía mucho tiempo, la crucifixión. La crucifixión, aparece en el 33, vuelve en el 44 y en el 46 y finalmente en el 62, con la serie que te nombro. La carne en Bacon está siempre vinculada a la muerte, a lo animal y, como su propio nombre, también a la manducación y a la comida. El otro tema recurrente en su obra es la religión y muy en menor medida la sensualidad, no es que esta última cuestión esté ausente, pero no tiene el peso de las otras, por lo menos no en estas series que te comento. Otro cuadro y otras experiencias están también involucrados en toda la cuestión de la crucifixión, el cuadro es "El buey desollado" de Rembrandt y las experiencias tienen que ver con un conjunto de fotos de las que participa el propio Bacon y en las que se dejan ver de fondo dos medias reses colgadas de dos ganchos. En una de las fotos entre medio de las dos medias reses aparece él y en otra, particularmente llamativa por el contraste con la anterior, aparece una mujer desnuda. Aunque uno inmediatamente, y a partir de todos estos elementos, podría pensar en la Coca Sarli adentro de un camión frigorífico, lo justo es decir que las dos fotos son más bien representaciones imborrables del cuadro de Rembrandt que antes te nombré y las dos vuelven a poner en el centro de la escena la masa humanorresica.

La cuestión en Bacon, y por esto mismo ya no me resulta tan raro el que haya pensado antes que nada en él, es que todo esto de la carne está vinculado a su crítica a Occidente. Un Occidente del cual él, sin embargo, es parte distinguida. Es una crítica totalizadora que involucra los más diversos e insondables aspectos de la vida moderna, pero es una crítica si se quiere, interna; conscientemente interna. Collaso con su suicidio, puso en marcha con los mismos elementos, otro tipo de crítica que es la crítica de la desesperación y la del avasallamiento; y digo esto porque creo que en todo suicidio hay una crítica implícita que es al mismo tiempo una crítica desesperada, porque es siempre una crítica desoida.

Fijate, Ronsino, que los temas de Bacon, son temas argentinos, pero hay algo en su mirada que los vuelve universales y por eso mismo nos son extraños. No me sucede lo mismo por ejem-



plo con los cuadros de Alonso; pienso en sus ilustraciones del Matadero, quizás no haya una forma adecuada mediante la cual uno pueda acercarse a ese texto hoy, ni siquiera Alonso pudo hacerlo, pero lo importante no es si pudo o no acercarse al sentir y al pensar de esa obra, cosa tal vez imposible; lo importante es que pueda interpretarla, que hay algo en Alonso que le permite pintar lo que pinta y en la forma en que lo hace. Un cuchillero exhibiendo los huevos del toro, el unitario desflorado sobre un mesa rodeada de furiosos gauchos, un retrato de Rosas en el que se lee "Nuestro ilustre restaurador de las leyes..." y el rojo sangre. El rojo sangre que inunda todas las imágenes, que desborda todos y cada uno de los cuadros.

Esos cuadros son una desmesura, como lo es el propio Matadero de Echeverría, porque aunque se tratara de una metáfora, es una metáfora vil. Supone como metáfora de una determinada parte, algo que les compete y nos compete a todos. Entonces, hay algo de la desmesura con que Rosas y los federales tratan a sus enemigos, en este caso al unitario, que se impregna en la literatura de Echeverría y en las pinturas de Alonso y ese algo, de algún modo, nos iguala. Pero no como en Bacon, en tanto parte de una totalidad occidental y cristiana, sino como resistentes de esa totalidad. Quiero decir que la mirada de Echeverría y también la de Alonso, es una mirada particular que no quiere, ni pretende universalizarse, como sí sucede en Bacon, sino diferenciarse, individualizarse, definirse a sí misma como una y sólo una; y hasta en cierto modo, resistirse, hasta la muerte si es necesario, como el propio unitario que revienta de resistencia. Sin embargo, Ronsino, lo paradójico es que ni Echeverría ni Alonso logran nada de lo que se proponen. Entramos por lo que se ve en el sinuoso terreno de las motivaciones y los efectos, un terreno en el que no me metería sin antes remarcar este carácter sinuoso en lo que tiene que ver con semejante especulación. Lo que los motiva es la particularización y lo que logran, acá lo paradójico, es la universalización, la inclusión de su obra en ese gran universo de la literatura y la pictórica universal.

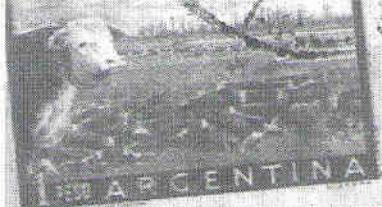
Ahora, dejando de lado los logros, se percibe que una fibra íntima une a Rosas y a Echeverría, la misma que nos une a nosotros con esos relatos, y también con el Payador de Lugones y con el Mito gaucho de Astrada. Una fibra íntima que se escribe y se inscribe siempre en la desmesura argentina. Y esa desmesura es cárnica y carnívora, antropofágica y martiroológica. Es la desmesura del matambre, trofeo de Matasiete y del propio Echeverría que escribe una apología del matambre, la desmesura de Lamborghini que rescibe y da vuelta el matadero en el niño proletario; pero también es la desmesura de la Pampa, la desmesura de Rosas y de Sarmiento, la desmesura de Perón y hasta, lo digo con un poco de miedo, la desmesura de la dictadura. Es la desmesura con la que podemos enfrentar nuestros miedos, que son los miedos del joven que quiere, pero no sabe cómo, independizarse. Porque fijate, Ronsino, que en esto de ser argentinos, es como si todos fuésemos carne de cañón de la artillería enemiga, esa que a veces, como en la dictadura, está directamente instalada entre nosotros. Me refiero a todos, a Echeverría y a

Rosas, al niño proletario y a Alonso, a Collaso, a vos y mí. A todos. Esto es lo cárnico y lo carnívoro de nuestra cultura, de nuestra historia, de nuestra literatura, en fin, de nosotros mismos

Pero como te decía, hay también algo de antropofagia, de canibalismo en el matadero de Echeverría, algo de la Tempestad está presente en esta obra, porque Echeverría es tanto el Ariel servil y cumplidor como el Calibán que metafóricamente devora la carne de la confederación, de Rosas, de los mataderos, del ganado y la regurgita o excreta en esta obra y lo mismo sucede con Alonso. Nada de eso hay en Bacon, que si quisiéramos buscarle un papel en esta obra, no podría ser otro que el de Próspero. Desde Rodó a Fernández Retamar, aquel con el que hace poco nuestro amigo Boverio compartió varias charlas, sin olvidar a Martí, la cuestión de definir a Próspero nunca pareció presentar mayores dificultades; fue la lucha por saber cual era nuestro lugar, si el de Ariel o el de Calibán, el que inquietó a todos y cada uno de nuestros pensadores; tal vez en esto, por más que les pese a muchos, la cuestión no era de definir entre civilización o barbarie, sino entender, como en gran medida lo hizo Sarmiento, que por estos pagos el problema no es tanto establecer cual es el papel que representamos en el drama shakesperiano, sino más bien tratar de comprender cual es la relación que se establece, para nosotros de forma inevitable, entre civilización y barbarie. No establecer de qué lado estamos o a qué lado queremos pertenecer, cosa, ésta sí, que el propio Sarmiento nunca pudo comprender bien del todo; sino ver en qué medida somos capaces de asimilar este legado, que es un poco Ariel y un poco Calibán, en pos de construir un relato que sea propiamente nuestro. Es acá y no puede ser en otro lado, donde vuelve a irrumpir con toda su virulencia y con toda su resistencia, pero también de forma renovada, la muerte de Collaso, su carne destruida por el ferrocarril, devorada por el ferrocarril se hace metáfora y relato de esa relación tan nuestra entre la civilización y la barbarie.

Pero lo cierto es, que a pesar de todas estas similitudes no todo es lo mismo; lo cierto es, que hay resistencias y hay consecuencias, resistentes y consecuentes. Imagino que para Echeverría los cuadros de Bacon serían una verdadera obra de arte en el sentido schilleriano de la palabra, mientras que para Rosas sería un entretenido retrato de época. Quizás en esta forma diferenciada de percibir un cuadro, una situación, en esa forma diferenciada de comer un asado por ejemplo, se establezca la distinción entre resistirse o someterse, sin que por ello dejemos de percibir que en todo caso, hay algo de sometido y de resistente en cada uno de nosotros.

Pero estas encrucijadas, Ronsino, estas encrucijadas en las cuales se manifiesta nuestra actitud suelen surgir de maneras inesperadas y por qué no, expresarse de formas totalmente absurdas. Fijate sino en esto que me sucedió justo cuando estaba terminando de escribirte. Me había quedado sin puchos, ante la tentación de fumar, me puse a pensar si sería capaz de resistirme o si simplemente me sometería a ese deseo. Esa ida repiqueteaba todavía en mi cabeza, cuando estaba en la calle camino al Kiosco. Llegué al kiosco que está en Sarmiento y Billing-



hurst, el único que por acá está abierto toda la noche y mirá si esto no es absurdo, ahí nomás, parado, esperando el bondi en la parada del 168 estaba ¿quién? Si, Collaso, vivito y coleando. Me vio, lo vi, nos saludamos y así sin más, subió al bondi, que justo llegaba, y se fue gritándome: "A ver cuándo jugamos unos poolos". En la parada de colectivos estaba el muerto resucitado, desenterrado de repente y verlo ahí parado me dio miedo: era Collaso no había dudas. Después de un rato, después de recrear varias veces aquella imagen en la cual lo veo desaparecer a través del vidrio del colectivo, me doy cuenta que no era miedo lo que sentía, sino más bien rabia, bronca, no sé, impotencia ¿Te das cuenta? Estuve en el velorio de otro Collaso, sentado junto a la viuda, pensando en todo esto a partir de su muerte y el tipo está vivo. Tengo que decirlo, lo que sentí de manera vigorosa es que tenía unas ganas incontenibles de matarlo.

Te mando un abrazo.

DE RONSINO A RUSSO

Buenos Aires, 19 de Mayo de 2012.

Querido Russo,

Hay una historia que me contó hace poco nuestro amigo en común, ML, que se parece, con ciertas variantes, a lo que le ocurrió a Lucio. ML una noche recibe la noticia de que un muchacho, con quien él estaba distanciado hacia muchos años, se había muerto. Sin dudas eso generó una conmoción en ML. La muerte nos diferencia y, a su vez, nos recuerda, nos murmura un destino irremediable. Esa noche, ML regresó a su casa. No sabía muy bien qué hacer. Pensaba todo el tiempo en el muerto. Hasta que, a la medianoche, decidió ir al velorio. Le pidió el auto a su padre y salió, bajo el invierno, por las calles desiertas. Antes de cruzar una avenida vio cerca de un kiosco a un tipo que se movía de un modo extraño. Se empinaba una botella y se sacudía, en zigzag, por la vereda con una capucha en la cabeza. ML no tardó en reconocerlo, dejó el auto en mitad de la calle y con la puerta abierta le gritó. Gritó el nombre del muerto. El supuesto muerto se quitó la capucha, sostuvo en un equilibrio precario la botella de cerveza, reconoció en la noche a ese tipo con el que estaba distanciado que, ahora, con el auto parado en medio de la calle, le gritaba. El supuesto muerto, entonces, acomodó el cuerpo y, entonado como estaba, encaró a pelearlo. Uno iba al velorio del otro. Y el otro—que había perdido en realidad a su hermano, de ahí la confusión del nombre del muerto—borracho, encontraba en la figura de ese tipo la excusa ideal para sacarse de encima el dolor que le apretaba el pecho. Como un perro, decía después, el supuesto muerto, como muerden los perros furiosos. ML tardó un rato en hacerle entender al su-

puesto muerto que él no quería pelear. Que, en realidad, quería darle un abrazo fuerte. Eran jóvenes y malditos. Pasaron toda la noche, fumando, hablando de aparecidos y tomando cerveza.

¿Qué es la muerte, Russo, si no una confusión? Pero también, claro, una certeza física. La confusión, tanto en el caso de Lucio como en el de nuestro amigo en común, ML, no hace más que reforzar esa idea que plantea Bergson en su libro *La risa*: sucede la risa siempre y cuando se esté desnudando, poniendo en absurdo alguna facultad de la existencia humana: es decir, parodiar la grieta que atraviesa nuestros cuerpos. Se trata, en definitiva, de la carne irremediable, de la carne condenada. La carne inevitable.

Han pasado varios días desde que recibí la carta de Lucio. Y, aún, como sucede con una película que te impresiona —me sucedió esta semana, por ejemplo, luego de ver *Tierra de los padres*— las imágenes continúan reproduciéndose, se aparecen, estallan mientras camino, tomo el subte o espero; mientras cruzo la 9 de Julio de noche y veo ese nuevo paisaje que se desnuda detrás o antes del Obelisco: la figura de Evita. Los rostros de una mujer cuyo cuerpo se ha transformado en un símbolo. Un cuerpo atravesado por las claves que condensan la tragedia argentina. Las ideas sobre Bacon y Alonso, sobre la carne macerada, me hacen pensar en la tragedia que atraviesa a Evita desde su propio origen. Duarte y esa hija no reconocida. El camino, entonces, plebeyo. La decisión de escapar de un pueblo que sólo le presenta un destino doméstico, es decir, de explotación. La actriz que escapa de lo esperado y, por eso, comienza a ser vista como una mujer ligera. Un terremoto. Perón. Su posibilidad de transformar la realidad. Como dice Juan Martini en su trilogía sobre Eva, le llevó apenas siete años construir uno de los mitos más potentes de la historia argentina. Entonces la enfermedad: Los discursos encendidos —esos que dejan jirones de su cuerpo, esos que hablan del sacrificio de la carne— la palabra acorralada pero lúcida. Y la muerte. Pero ahí, Russo, siento que comienza otra ficción sobre el cuerpo de Eva. El embalsamamiento es el inicio de un relato que permite profundizar la tragedia en el tiempo, más allá de la podredumbre de la carne. Se teje sobre ese otro cuerpo la ficción revolucionaria y, como un reverso, la ficción represiva. Uno de los últimos discursos de Eva dice: "Yo sé que ustedes tomarán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria". La juventud recupera la bandera de la victoria. Hay algo de multiplicación de los cuerpos en ese último mensaje. La palabra que pide por la multiplicación de la militancia. Mientras eso sucede, ocurre también la represión —esa tensión que marca de un modo muy interesante Lucio, en su carta, entre el sometimiento y la resistencia— con el secuestro y desaparición del cadáver de Eva. Como si ese secuestro y desaparición fuera, en el reverso, el anticipo, ahora, de la multiplicación no de la militancia sino de la muerte sistemática.

La idea del sacrificio en Eva me remite a la idea que Lucio plantea sobre Bacon (es curioso, bacon significa panceta: googleé la palabra bacon y vas a ver que aparecen fetas de panceta cortadas a cuchillo, como si fueran pinturas de Francis Bacon: las curiosidades de la representa-



ción virtual). Hay una foto que muestra a Bacon con dos media res cortadas por la mitad. "La carne del hombre y la carne de la res se funden en una sola y desforme masa cárnica", dice Lucio. Hace unos días leyendo el libro de Susan Sontag, Sobre la fotografía, pensaba en el análisis que hace sobre la fotografía de Arbus. Hay algo, siento, en la superficie de las fotos de Arbus—más allá de los cuerpos monstruosos que retrata, como dice Sontag—hay algo, digo, de posibilidad, aún, respirando en esa topografía. Algo que Bacon parece triturar sistemáticamente en sus pinturas. Bacon, si fuera argentino (como bien dice Lucio, sus temas son argentinos), pintaría el sacrificio que atraviesa al cuerpo de Eva. Y Arbus tomaría fotos de los cabecitas negras que se despliegan—como dice Martínez Estrada en La cabeza de Goliat— como termitas por la metrópolis extraña. El peronismo saca a los raros, a los humillados de la representación de lo deforme, de la barbarie (Eva resignifica el estigma y los llama mis queridos grasitas), le da, y eso es lo inédito del peronismo, una conciencia y una fuerza que nunca antes habían tenido.

La representación del sacrificio, entonces, frente al cuerpo sacrificado de Eva, entramado en la historia. Y ese rostro—las dos caras de Eva— en el edificio del renunciamiento como la continuidad de una ficción tramada sobre un cuerpo que sobrevive a la corrupción de la carne. Hoy, Cristina elige el linaje de Eva. Se reconoce en esa juventud expulsada de la plaza, del paraíso soñado (lo dijo Néstor: "Y un día volvimos"). Es Eva y no Perón la homenajeada. Hace unos años, cuando el cuerpo de Perón era trasladado a la quinta de Vicente López—ese cuerpo atravesando la ciudad— desplegaba todavía, en 2006, los espectros de la tragedia. El cuerpo de Perón desata la tragedia. El de Eva está atravesado por ella. Eso parece decirnos la historia. Uno de los últimos homenajes de Cristina fue la presentación del billete de cien pesos con el rostro de Evita. (Un taxista, primero, me mostró su malestar sobre el gobierno que insiste en dividir al país. Porque Evita, dice, es una figura que sigue dividiendo al país. Por qué no eligen a otro, a Favaloro, por ejemplo. Y, antes de bajarme, banalizó la famosa frase: Volveré y seré millones. Ahí la tenés, dijo, en el billete de cien pesos, hecha millones). Cristina, entonces, recuperó la palabra de Eva, actualizándola. Cristina dijo que "Eva volvió en millones de puestos de trabajo". Los rostros de Eva en el edificio del renunciamiento, el billete y la recuperación de esa palabra sobre la multiplicación trazan una herencia entre el pasado y Cristina. Un linaje político que la pone a Cristina, por momentos, en una zona que desafía las estructuras peronistas clásicas. Pero por momentos. Muchas veces se refugia en la lógica del movimiento. Cristina elige el linaje de Eva en lo simbólico. Porque el armado político que la sostiene es el del peronismo clásico. Pensaba, después de ver la película Tierra de los padres, donde se reproduce un discurso intenso de Eva—habla de los fanáticos— que su cuerpo está suspendido aún; es una ficción que ocupa el presente y sigue multiplicando la palabra. Alguien me dijo hace poco: "¿Qué significaría reconstruir, hoy en día, el panteón que se deseaba construir hace sesenta años y exhibir el cuerpo suspendido de Eva?" En ese cuerpo hay un secreto. Y hay un secreto porque, al igual que Facundo, está atrave-

sado por la tragedia. Podríamos decir, entonces, sombra terrible de Eva. Está en su espectro y no en la orquestación del líder el secreto para salir de la enrucijada peronista. Pero: ¿Será así? ¿Se puede escindir de este modo a Perón y a Eva? ¿Habrá que salir del peronismo? El peronismo es esa duda, ese balbuceo que se agita como un péndulo. Atraviesa los cuerpos. Nos trae el recuerdo de un cuerpo sacrificado, hecho jirones, que ardió por su pueblo.

Lucio, en su carta, Russo, menciona la película *Carne* protagonizada en 1968 por Isabel Sarli. Ese año también estrena *Fuego. Carne y fuego* en 1968. Un año curioso para arder ¿no? El 68. Isabel Sarli se llama, en *Carne, Delicia*. En un momento le dice a Juan Carlos Altavista: "Me confundieron con un pedazo de carne que se come o se tira a los perros." Evita, aunque de un modo ambiguo como dice Mariano Plotkin, reflexiona sobre ese lugar carnal, erótico de la mujer. Una carne deseada que se encierra en un camión, se come, se somete, o se tira a los perros. El modelo de Sarli es un modelo que Evita no pudo modificar profundamente. Hay una escena de *Carne* que sucede en una cámara frigorífica y me recuerda las imágenes de Bacon de las que habla Lucio, con la media res, pero el recuerdo sucede como si fuera el negativo. Un tipo, se llama Macho, la persigue a *Delicia*. Corren entre los pedazos fríos, helados, de carne. En esa heladera se enciende la calentura, el ardor. Finalmente, Macho, el macho, atrapa a la hembra, y la somete en el cuenco de una media res. La usa para luego desecharla a los perros. Sabemos que la estética de estas películas, hoy, provocan risa, la risa de Bergson por lo grotesco; pero también sabemos que estas escenas calentaron a muchas generaciones de argentinos. Creo que hay dos formas de la carne, de la entrega, de lo femenino; dos formas de arder en esas dos mujeres de la cultura argentina. Y, a pesar de lo grotesco en Isabel Sarli, también las dos formas encierran algo de tragedia.

La carta de Lucio, y lo sucedido a nuestro amigo en común, ML, con algunas variantes, me recuerda el final de *Las puertas del cielo* de Cortázar. ¿Lo leíste? Algo del pre-peronismo sobrevuela en esa milonga. Las acciones del cuento suceden en 1942. Todavía esos monstruos, como los llama el doctor Hardoy que desciende de las clases acomodadas para observarlos, para estudiarlos y tomar notas en sus libretas como si fueran termitas, no tienen un líder. Las bases están gestadas y se mueven de un modo invisible. Quiénes son, se pregunta Hardoy. La muerte de Celina —una cabecita negra, un monstruo— desata la trama. Después del velorio, en el final, Mauro, el novio de Celina, y el doctor Hardoy —algo de Celina seduce aún al doctor— van a la milonga y ven, los dos, entre el humo, a una mujer, un monstruo, que es igual a Celina, que es Eva digo yo; las puertas de un cielo imposible para el doctor. El espectro de esa mujer amada y despreciada a la vez, retornando, para atravesar el cuerpo de los vivos, ocupar el presente y recordarnos, Russo, que eso también somos. Un balbuceo constante, una duda, la confusión de la carne.

Un fuerte abrazo,

Ronsino

Carta al Padre

Escribirle a un padre muerto es, como dice Edgardo Scott en esta intensa carta, lo más parecido a escribirle a un fantasma. Pero, también, es la forma de construir un puente —“cambiaron el puente de Escalada”—entre ese otro ausente y un hijo. Una forma de reflexionar sobre el hombre que existe —en términos reales y simbólicos— detrás del ropaje paterno. Escribir para acercarse y, en definitiva, para entender las palabras del otro pensadas como herencia.

no por justicia, y consiguen la lealtad de sus subordinados
y allegados mediante recompensas, incluso, la permisividad de me-
gacías turbias y proyectos de abyección a costa de las Insti-
tuciones del Estado... porque su fin último es seguir igual.
Si val tiene fe en la doctrina cristiana del libre desarrollo de la
personalidad individual y que dicho principio confiere a hombres
mujeres, por igual, unos derechos morales naturales, entonces
acepta que la liberación forma parte de esa libertad y dignidad
intrínseca del ser humano y acepta la tentación por la
rebeldía como medio legítimo para intentar abolir una situ-
ción y prolongada en el tiempo.
Si sus valores son los míos entenderá que me paucera
turbear tras una muerte en la que no he participado por
deber como ciudadano occidental, libre, me obliga a pla-
la maldad, con coraje, con valentía ética. A te-
+ cuando poder tratar mal a los que no
la dignidad humana d
cible causa

Escribir esta carta, a seis años de tu muerte, debe ser lo más parecido a escribirle a un fantasma. Pero después de todo, y como ha escrito Sebald, yo también suelo sentir que no hubiera tiempo sino diversos espacios, imbricados entre sí, entre los que los vivos y los muertos, según el talante en que se encuentran, van de un lado a otro. Entonces, padre, debería contarte que después de tu muerte, durante dos o tres años seguidos —y justo para la fecha de tu cumpleaños— te escribí un poema. Un poema bastante largo y sentimental. Un poema que en cada uno de esos aniversarios fui retocando, puliendo, tal vez incluso, queriendo gastar. Probablemente ese poema fuera el dolor, o un signo del dolor, y por eso, luego de escribirlo y corregirlo tantas veces, no supe ni sentí que debiera hacer otra cosa más que tirarlo. Pero ya pasó ese tiempo. Ahora, y dada esta hermosa ocasión epistolar, voy a tratar de contarte, cómo y cuándo, aún hoy, tu fantasma se mueve o me vigila, en los espacios de mi vida.

Hace no mucho fui a Chivilcoy. Tengo un nuevo amigo, se llama Hernán Ronsino, que también escribe, y que es, como vos, de aquellos pagos (vale aclarar, vos eras de Moll, partido de Navarro, decías, pero por afinidad y cercanía, siempre la referencia fue Chivilcoy). No debe ser casual. Lo cierto es que gracias al azar y sobre todo a la amistad, recorrí Chivilcoy con él, y dimos con una especie de tía o prima tuya. La mujer es maestra, y es nieta de una tal María Scott, tía o prima de tu padre —no lo recuerdo con exactitud— según nuestro frondoso árbol genealógico. Lo cierto es que aquella tarde, la mujer fue muy cordial conmigo; me mostró fotografías y cartas, y postales amorosas que se escribieron sus abuelos, hace casi un siglo. Atando cabos, como se dice, nos faltó el último eslabón para completar la saga. Nos faltó y en realidad nos falta el hombre que habría llegado a la Argentina; el emigrado irlandés que, de alguna manera, nos habría engendrado a todos. Pero supongo que voy a retomar esas averiguaciones cuando viaje a Irlanda. No sé todavía con exactitud cuándo, pero ya está en el horizonte, no muy lejos. Hay una novela, además, esperando; una novela de ancestros, pero también del pasado que compartimos. Una novela de fantasmas, por qué no; hasta ahora tengo el título, un esbozo de estructura, y los dos primeros capítulos; se llama *El biógrafo de Joyce*. Es una novela que invoca al pasado, al pasado más lejano y al más próximo, al pasado tuyo, al mío, y al de los dos. Espero poder escribirla. Seguramente, si eso llega a ocurrir, tendré un comercio más frecuente con embajadas y consulados, con Chivilcoy y Navarro, y también, no habrá escapatoria, con tu fantasma.

Cambiaron el puente de Escalada. Tantas veces cruzamos y te oí quejarte y sufrir, y manibrar transpirado en el puente angosto. La obra tardó varios meses. Y como suele pasar, no demolieron el otro. El otro puente quedó a un costado, en completo abandono, un poco como el viejo transbordador de hierro, en La Boca. El nuevo puente es un puente de hormigón, más ancho, más cómodo, y con los carriles bien divididos. El otro, a menos de veinte metros, quedó como un testimonio de algo, entre extraño y mísero, pero no sé bien de qué. ¿De nuestro estilo?

Pensar que el viejo puente había sido construido en tiempos de carros y Ford T, y terminó soportando varios ramales de colectivos, y un constante e innumerable fluido de automóviles.

Lo que no cambió, por lo visto, fue el camino de acceso a Moll (uno de los caminos, el que sale de la ruta 30, a la altura de Moquehuá). Estuve hace poco, otro fin de semana gris y lluvioso, y el barro era tal, que dudo hasta que un tractor o una 4x4 pudieran surcarlo. Sin embargo, permanecí un rato ahí, en suspenso, con el auto sobre la banquina, de cara al inicio de aquel camino intransitable; me quedé ahí no tanto dudando sino intentando asimilar, o incorporar, la imposibilidad y la postergación de pasar un rato por tu pueblo. Como frente a la cerrada puerta de un cine o de un parque de diversiones. Pero la tormenta, con su cordillera de nubes enormes y oscuras, me decidió a dar marcha atrás, y a volver para Chivilcoy.

Esa noche había corso. El corso rodeaba toda la plaza principal. Pero no sé si sabés —creo que no—, ya no me gustan los corsos. Por lo tanto, cené en el hotel y no salí. Los corsos me gustaban de chico, cuando íbamos al de Barracas, al de Avenida de Mayo, al de Valentín Alsina; incluso al de 25 mayo, apenas a unas cuadras de casa (creo que las noches, las pocas noches en el corso de 25 de mayo, incluyen mis primeras impresiones de la violencia social. Una violencia que, acaso como un sistema profuso de túneles o tuberías, recorre desde siempre todo el conurbano). Pero volviendo al presente; no me termina de interesar ni de entretener la murga, las comparsas, el espíritu lúdico y obligadamente festivo de la gente. Y hasta incluso, es entre tanta alegría, cuando siempre veo surgir, levantarse, o circular, a una especie de espectro, lejano y triste. Supongo que eso se debe a que la alegría es alegre cuando se la vive, y en cambio, cuando uno está afuera de ella y la narra, está contaminada y segrega algo triste. Y como yo no sé acceder a esa alegría pura del carnaval, sólo la puedo estudiar o verificar a la distancia; una distancia aséptica, como si estuviera detrás de un vidrio; entonces todo lo que veo me parece un poco absurdo y deslucido. Una sensación parecida hay en *El sueño de los héroes*, ¿no, padre? ¿La leíste? Creo que no. Vos siempre me hablaste de *La guerra del cerdo*. Y de que preferías a Bioy en vez de a Borges, pero no recuerdo —y a pesar de esa afirmación que te oí repetir más de una vez— que me hayas hablado de algún otro libro de Bioy.

Bioy, Ingenieros, Tolstoi, Lisandro de la Torre, Unamuno... en la novela que te comentaba anteriormente, intentaré saldar deudas también con tus lecturas. Y con tu pasado joven. (¿Pero de verdad un hijo puede saldar las deudas de su padre?, ¿por qué debería haber un traspaso, una transferencia de fracasos o interrupciones? No lo tengo claro, padre, y tal vez por eso deba escribirlo) Lo cierto es que naciste en el '38 y que me tuviste en el '78. Números redondos. Tenías cuarenta años cuando nací. Ahora yo tengo 34. Decías que a los 17 te viniste del campo a Buenos Aires. Hay 21 años hasta tu casamiento y 23 hasta tu paternidad. Me interesa escribir tus años como hombre, no sólo como padre. O como hombre sin ser padre. Sé que no soy original, pero veremos.

Ahora que termino esta carta, tengo a mi lado una botella de Legui. Es un licor muy dulce que vos solías tomar a diario. Recuerdo el perfume de tu aliento. Me acompañabas temprano al colegio, o después, cuando ya era más grande, me acompañabas a la parada del colectivo y te escapabas al bar (escribo te escapabas porque esa relación de crimen, o al menos de transgresión, fue la que siempre tuviste con el alcohol). Ibas al bar y tomabas una legui. O más de una. A veces le agregabas una medida al café. Hacia el mediodía, en cambio, tomabas vino blanco. Con soda. Lo tomabas en vasos cortos, de vidrio grueso, no muy distintos a esos de los que toma Dahlmann, en El sur. El alcohol fue tu pesadilla y tu refugio, tu desvío y tu cofre. El alcohol era también la frontera entre Jeekyll y Hyde. He conocido, padre, antes, durante, y sobre todo después, gente que toma, y adictos de toda laya, pero pocas veces di con alguien a quien el alcohol—incluso su inminencia, su aroma—lo transformara tanto como a vos. Un hombre pacífico se volvía violento, un hombre que prefería escuchar se ponía verborrágico y elocuente, un hombre tímido se volvía procaz. Ya no duele ni importa tanto. De verdad. Hasta tengo, como te decía, una botella de Legui a mi lado, para cerrar esta carta.

La compré este mediodía en el supermercado, no suelo tomar Legui. Tomo cerveza negra, vino tinto, poco fernet, nada de bebida blanca, a veces, de noche, mirando una película, whisky. Este licor argentino, como ostenta en su cuello, es un líquido ambarino, muy dulce, más espeso que el vino o las bebidas blancas, pero mucho menos espeso que los licores cremosos. Legui es por Leguizamo, el gran jockey. En las etiquetas del frente y de atrás se destacan sus records y hazañas. Hay un tango de Gardel: "Leguizamo solo, gritan los nenes de la popular...". Un par de veces fuimos al hipódromo. Ganamos, perdimos, fueron lindas tardes. Aún recuerdo la sensación de entender poco, de apostar, y de prestar especial atención a las bestias brillantes y al delirio de los fanáticos. El licor informa que tiene un porcentaje de 29,9 de volumen alcohólico. Bastante. El caso es que en una novela que estoy a punto de publicar hay un personaje que se llama Leguizamón. Héctor Leguizamon. ¿Te das cuenta, padre? No fue a propósito, claro. El inconsciente. Nuestros fatales relámpagos. Ah, no estuvo mal Freud, cuando advirtió a los americanos, un poco en broma y mucho en serio, que "les traía la peste". Leguizamón. Casi un chiste.

La mítica carta de Kafka nunca le llegó al padre. Kafka se la dio a su madre y ella la retuvo; no se la entregó al temido y odiado Hermann. No es tan distinta, si lo pienso, esta carta, ya que a vos, probablemente nunca te llegue. Pero tampoco está mal esto de escribirse o cartearse, al menos cada tanto, con fantasmas. De seguro es mejor que la televisión o que Facebook. Y mucho mejor que acabar como Hamlet, alucinado, sin Ofelia, y muriendo entre vanidades y confusas esgrimas, en la noche de Elsinor.

La literatura ha de salvar si libera, y esta salvación es liberación del mundo, del padre, pero sólo en cuanto sea creación de otro mundo, creación literaria. Sólo si se crea otro

mundo hay liberación de este mundo, ha escrito Carlos Correas, en Kafka y su padre, su ensayo y estudio sobre la famosa carta que, de algún modo, da origen a esta sección. Yo también creo, padre (o mejor, confío) en esa salvación; y tal vez no a otra cosa esté destinado aquello que impulsa mi escritura. Pero soy menos optimista que Correas. Porque para bien o para mal, entiendo que ese mundo, ese mundo mío, ese otro mundo, se apoyará, estable o inestablemente, sobre aquel otro; un poco como en la Edad Media, o en el mundo antiguo y precientífico, se apoyaba la tierra, cuando soñaba ser una mesa larga, rectangular y plana, no sin sus desiertos, sus cumbres y sus océanos, no sin sus ejércitos y aldeas, pero con bordes de abismos. Un mundo sostenido, en forma invisible, por cuatro magníficos, gigantescos, demenciales elefantes.

Edgardo Scott

de Viajeros

Todo viaje tiene como efecto la mutación de una lengua. Las escritoras Fernanda García Lao y Daniela Tarazona construyen un intercambio epistolar en donde la palabra está percibiendo y descifrando de un modo constante las señales de la naturaleza: el cielo con sus fuegos, los restos que arroja el mar. El viaje aparece, así, como una forma que permite descifrar enigmas y ocasiona, a su vez, el desplazamiento que, finalmente, resuena en la lengua. Todo viaje es, entonces, la explosión de una lengua que muta para siempre.

Querida:

Hace tres días que pienso en escribirte. Estoy en la costa. El viernes subimos al auto y manejamos sin parar. La ciudad arde. Todos los años escapamos con idéntico destino T, V y yo. Es una huida de rutinaria felicidad. Por la ruta vamos dejando una sensación verdosa de sangre vencida. La ciudad decolora.

Cuando el año gira hacia el mar, me gusta pensar que otro yo nos espera en la orilla. Esta playa es interminable y hay que caminar bastante para encontrar esa versión saludable de uno. Mi yo es más fuerte, sonríe menos. Emite carcajadas o deja la cara en silencio, mirando con profundidad. En Buenos Aires se acorta. Es triste cómo se reduce la perspectiva con el exceso de gente y tanto estímulo falso. El T de playa tiene los ojos más claros. V es más cariñosa y feroz.

En la casita donde dormimos hay colchones en el piso y tres perros afuera. La naturaleza vibra y se nubla, o llueve, pero no es perturbadora. El pensamiento se diluye entre ladridos y aves. Se debilita, cae y es absorbido por la arena. Ando descalza pisando ideas en descomposición. Ni siquiera pinchan. Cualquier hormiga es más potente.

Traje mi novela, pero me cuesta escribir acá. Los personajes compiten con el espacio. Y pierden. Decido corregir, no avanzar. Ya sé lo que viene. Estoy en ese momento en que el núcleo ha sido revelado. Entonces, necesito mi estudio. Esas voces quedaron allá. Son claustrofóbicas, víctimas de un cinismo imposible para este suelo.

Por eso, me siento a ordenar la carta. Aunque haya poco que decir. Preferiría que estuvieras por acá. Mirar juntas el cielo negro y brillante.

Ayer hablé de vos con C, mi amiga de la playa. Ella nos alquila el lugar. Le conté cómo te conocí. El momento de encontrarnos, porque las dos sabemos que ese de Guadalajara no pudo ser el principio. La historia simula empezar pero viene de lejos. Esa noche y el tequila, nuestra charla literaria con los borrachos del hotel, no fueron lo primero. Antes, había aparecido tu libro, luego vos. Los quise a ambos, con velocidad de asombro.

T trajo tu Animal sobre la piedra. Ayer lo terminó de leer. También encuentra un universo parecido entre vos y yo. La misma sangre. Otro ángulo.

Mi historia con C arrancó hace mucho. Nos vimos mil veces antes de entender que compartiríamos el mundo. La primera fue hace tanto que no parecíamos nosotras. Yo vivía en una buhardilla y necesitaba trabajo. Por senderos absurdos, llegué a una producción patético-infantil. Me contrataron para bailar unas coreografías inmundas vestida de soldadito en mini-

falda. Allí, C trabajaba de asistente, es decir, andaba siempre con un termo de café en la mano. Casi no hablábamos. Ninguna imaginaba nada bueno de la otra. Cada una recibía su cucharada de desgracia con una sonrisa torcida. Unos años después, nos reencontramos en el estudio de un director y formador de actores que, curiosamente, veranea también en este pueblo. C y yo fuimos compañeras de escena. Ahí supimos quiénes éramos. Pero volvimos a desaparecer. Más tarde, la llamé para que actuara en una obra mía: Ser el amo. Nos juntábamos en su vieja casa de San Martín a pasar letra y nos reíamos mucho, hasta el dolor de panza. Las funciones eran geniales. Salíamos a festejar seguido. Una noche manejamos por Avenida del Libertador, a contramano. Ella con su viejo Valliant, yo con un último modelo que vendí para seguir comiendo.

Hace años que C vive en esta playa. Ahora, es parte de mi verano. Ella transmite libertad. Escribí varios tramos de Vagabundas estando acá. Y no la distingo de la trama. C anda siempre descalza por los médanos, plantando o haciendo fuego. Respira con el mar, tiene ese tipo de aliento.

Ayer salimos a buscar plumas para su hijo. En una caja guarda fósiles marinos, dientes de tiburón, huesos prehistóricos, braquiópodos. En otra, plumas de distintos tamaños. No encontramos nada nuevo. Su caja contiene todo lo que vuela o se esconde por los alrededores.

Hoy en la playa había nubes negras y vimos una avioneta. Un aviador exhibicionista simulaba estrellarse contra nosotros. Caía y remontaba como un pájaro suicida. No pude dejar de imaginar sus alas metálicas enterradas en la arena. Le hubiera llevado un resto al hijo de C, para que guardara la muerte en su caja de zapatos.

A la tarde, caminé por la orilla con V hasta el siguiente pueblo. Mientras se ocultaba el sol, capturamos berberechos. Las olas los traían y quebramos su proyecto de desaparecer absorbidos en la arena, desprendiéndolos con los dedos mojados. Terminaron en mi vestido. Juntamos más de cien. V se hizo experta. Corría entre las olas, salvando a los más pequeños de nosotras. Llegamos felices y cansadas a la inmensa sombrilla de C y ya no había nadie. Después vimos a T, sentado en el médano. Esperándonos. Volvimos los tres caminando entre loros, palomas sanas y teros.

Esta mañana volví a la playa con T, muy temprano. Estaba nublado. V dormía, prefirió no levantarse. La mano de T es suave. Llegamos al médano más alto e hicimos fotos. El pueblo es breve, cabe en una toma. Las casitas se acuestan entre árboles y arena como cuerpos calientes. El Atlántico estaba gris. Había gaviotas, sombrillas cerradas. Nos besamos despacio y comenzó a llover.

Al regresar, fuimos a plantar álamos. T y V se enojaron por una tontería. Son dos felinos en una jaula. Yo me siento un pedazo de carne.

Me voy con V en el auto. T se queda solo, con la pala en la mano. Prometo volver, pero

me quedo escribiendo en el entrepiso, rodeada de ramas largas que se estiran como serpientes fibrosas.

El hijo de C me enseña su lago artificial. Una lona semicubierta de agua, con peces. Los nombres son una mezcla de normalidad y fenómenos atmosféricos: Sebastián, Demian, Cleo, Trueno, Relámpago. Le pregunto cómo sabe el sexo para nombrarlos. Me dice que eso no importa. Les mira la cara y los llama como quiere. Está buscando caracoles para que los peces chicos se oculten de sus padres.

—Sino, se los comen.

Las pecas, el pelo rizado y los dientes chuecos, le dan un aspecto adorable de Tom Sawyer. Lo veo avanzar entre tacuaras con la alegría del que no teme.

El cielo se ennegrece y una tormenta extraña se descarga sobre nosotros. El viento amenaza con derribar la casita, pero es flexible. No va a quebrarse. Acá el clima juega desde temprano, nada es definitivo. Sólo el movimiento.

Dormí mal. Soñé que mi mamá tenía que vivir con la cabeza metida en una pecera. Yo le acariciaba el cuello y le decía que no era tan grave. Que intentara respirar el líquido. Pronto le sacarían la pecera y le pondrían sólo un vaso de vidrio.

Será porque mi papá murió en el mar, que pasé algunos años con rencor de océano. Cada vez que estaba en una playa pensaba en él. Ahora también, pero sin miedo. El mar da y se lleva. Es una tumba llena de vida.

Me desperté en mitad de la noche y todo bufaba. Un ventanuco mal cerrado hacía ruido, las ramas aplaudían con sus dedos largos. Fui a ver si V estaba bien. Después, presencié un amanecer grisáceo. Ya en el entrepiso, me metí en la cama y me apreté contra T, que dormía profundamente. Respiré con él, hasta que su ritmo me introdujo de nuevo en el sueño.

Escribo bajo los pinos. T trajo nuevos brotes. V lee sobre una esterilla. C se fue a la ciudad con una amiga psicótica que necesita pedir licencia. Trabaja en un jardín de Infantes. C lee tu libro en el viaje. Regresa feliz, quiere que te diga que está maravillada. Que no hay maldad posible en el cuerpo de Irma.

El viernes ha organizado una fiesta de disfraces. ¿Nos vestiremos de reptiles?

Hoy comimos sandía a la sombra de unos pinos, mientras unos perros nos ladraban. Estaban encerrados en la casa de la esquina. Su rabia atravesó las persianas, pero el jugo y el color de la sandía nos hicieron olvidarla.

Por la tarde, buscamos ropa para la fiesta. C sólo tiene un vestido de Charleston y muchos trapos. Una camisa de un rojo doloroso termina definiendo mi disfraz. Seré una gitana difícil. T, mi acompañante. Nos vestimos. Él toca la guitarra y yo emito gorgoritos feroces. La risa avanza. C se convierte en nuestra percusionista, su pareja en el Paspao —un bailarín

con problemas motrices. Nada podrá igualar este momento de locura feliz irrepetible. V saca fotos y se ríe. Pone distancia.

La fiesta nocturna es un fracaso. El primer invitado está enfermo, se marea, cae. Una niña le tira espuma en el ojo. Debe regresar a su casa. Su enfermedad nos devuelve la cordura. T y yo nos sentimos incómodos, con ganas de desaparecer. El resto de los disfrazados aumenta la sensación de ridículo. Una tristeza nubla el alma. Nos encerramos en la casita, en busca de silencio. Es la última noche en la playa. Afuera, los niños se pelean, las madres gritan, los padres se invisibilizan. Cuando se acaba la comida, se van.

Me quedo con C cerca del fuego, hablando de su amigo enfermo. Mientras él empeora, su familia engorda. En kilos y en estupidez. Las llamas se reflejan en el pelo rizado de C. Fuimos bajo el cielo oscuro hasta las dos de la madrugada.

Es sábado. Nos levantamos temprano. T, V y yo hacemos los bolsos, barremos la arena. El único despierto es el Paspao. Mientras T guarda las cosas en el auto, nosotras nos despedimos de C, de su hijo. Los abrazamos en medio del sueño y ellos sonríen, entendiendo. Antes de partir, metemos los pies en el mar. La ciudad nos espera con su mandíbula abierta.

Espero verte pronto, hermana. Que te cuides y descuides, de a ratos.
Mi amor desde acá.

F

DE TARAZONA A GARCÍA LAO

22 de febrero, 2012

Hermana:

Hoy llegó tu carta a casa. El paseo que cuentas podría ser el esbozo de un libro de aventuras único. Me gustó entera, con los crustáceos, C., que respira con el mar, el niño recolector de restos vivos, el hombre orate de la avioneta, las lluvias que te cayeron, los amaneceres y la casita resistente al viento furioso.

Me encantaría haberte acompañado a la playa para "mirar el cielo negro y brillante", cómo no.

Qué impresionante ir disfrazado a una fiesta para ver un enfermo caer. Recordé un viaje a La Habana, en el Año Nuevo de 2004, creo. Mientras cenábamos la valiosa comida del hotel, una mujer enana con un vestido rojo, un "palabra de honor", como le dicen en España, se levantó de su mesa para ir a vomitar en la entrada del restaurante. El suelo estaba desnivelado,

y uno de mis amigos que estaba sentado mirando hacia la puerta, decía que el vómito de la enana vestida de rojo se escurría hacia nuestros pies, entonces los alzamos para encajarlos en las sillas. Estuvimos casi toda la cena con carcajadas de asco y preocupados por el vómito.

Estoy por irme a Mérida. Es la capital de Yucatán. Le dicen la ciudad blanca y ahora se puede estar en paz porque no ha llegado el calor bestial que arrecia en mayo. Dicen que en la Península de Yucatán cayó un meteorito que acabó con los dinosaurios. Dicen que hay novísimas urbanizaciones de gente rica y extranjera, construidas de manera sustentable porque las profecías mayas del fin del mundo o lo que se ha interpretado sobre el fin del mundo que se supone sucederá este año, según quién sabe quién que leyó algo así en una estela maya, aseguran que la Península de Yucatán quedará intacta. Por creer en eso hay quienes han hecho casas para irse este año a guarecerse del Apocalipsis imaginado.

Una casa siempre es eso, de cualquier modo: el sitio donde uno cree que está a salvo. Y bueno, es cierto, en la medida en que el mundo es hostil y cuando el mundo es muy hostil y los humanos echan espuma por la boca, lo mejor es guardarse en la cueva propia o escaparse para terminar en la playa o en cualquier sitio, lejos del peligro.

Hace unos días, vi un documental bellissimo de Herzog, sobre una cueva en Francia que tiene pinturas rupestres del Paleolítico, se llama La cueva de los sueños olvidados. ¡Qué caballos! ¡Qué leones! Algo que me fascina es la idea de superposición en algunas de ellas: una pintura sobre otra, millones de años en medio, o miles, no importa, y luego pintadas otra vez y otra. El significado sobre el significado: lo simultáneo a través del tiempo. Qué increíble. La película fue filmada en tercera dimensión, así que la vi con anteojos. Invité a mi madre. Las dos con anteojos. Ella traía los de ver, así que tuvo que ponerse encima los tridimensionales. Vete a saber en qué dimensión vio la película, realmente.

El asunto de las dimensiones, es decir, pensar en ellas, me salva muchas veces. Me alivia y me da placer —me devuelve el placer— pensar que hay fisuras en la realidad: salidas, quiebres, hoyos. Por eso escribo. Cuando escucho sobre los agujeros negros del espacio, los ojos se me ponen en blanco de puro gusto.

En Mérida daré un taller de escritura, se llama "Gestación de la escritura" y es para quienes quieren comenzar a escribir. Me hospedaré en la casa donde tendré las clases. Se llama U., es una casa de cultura.

Espero el momento de irme al aeropuerto para seguir contándote más cosas de esto y de lo otro y, claro, del Más Allá.

Acá estoy, a punto de tomar el avión. Me encanta volar. Mi padre fue piloto de una aerolínea comercial por 40 años ¿te lo había dicho? Creo que si suma las horas de vuelo, se la ha pasado como diez años en el aire.

Son las 6:11 de la tarde. Me compré unas gomitas de dulce enchilado. No sé qué me pasa, pero en los últimos días se me han antojado muchas veces dulces enchilados. Qué cursi. Acá es lo más común: paletas de caramelo sabor sandía cubiertas de una pasta de chile. Hay un dulce que se llama pelón-pelo rico. Es una especie de cilindro de plástico con una calcomanía en la que se dibuja la cara del personajito, el Pelón, al que le aprietas los interiores y le sale por unos orificios de la cabeza una cabellera de tamarindo enchilado.

Veo que mis compañeros de viaje comienzan a formarse para subir al avión. Esperaré a que la fila sea más corta. ¿Qué rara es la idea de las filas, no crees? Uno detrás de otro, alineados, yendo a un mismo lugar para hacer cosas distintas. Las filas como las vidas, pues.

Yo quiero, como ellos, ir hacia la puerta del avión que es, en realidad, un agujero en el metal.

Cuando entré a U., la casa en la que estaré a lo largo de la semana, sonreí. Me sentí contenta y afortunada. Aspiré con ganas el aire. Techos altísimos, paredes blancas, un jardín con varios árboles que enseñan las raíces —hay uno que tiene raíces en forma de mano: los dedos clavados en la tierra—. E., la directora de la casa, me dijo: Bueno, esto es U. Tu cuarto es aquel. Vi, a un costado del jardín, la construcción con ventanas largas. Entré diciendo me encanta, me encanta la casa, y vi que mi cuarto era, en verdad, bello. Algunas paredes enseñan las piedras que las forman. E. remodeló la casa que debe ser del siglo XIX, pero el cuarto este, en donde duermo, era una garita del siglo XVII. En las paredes hay salientes de metal que debieron servir para sujetar algo. Aquí estaba la salida de la ciudad, y los vigilantes dentro de esta garita con las armas asomadas por las ventanas, cuidando el paso de los viajeros.

No sé si debido al alma fisgona de los centinelas, he tenido sueños desde que llegué: sueños con jeringas y extracciones de sangre, sueños con niños que morían pero en realidad eran niños globo, y cosas así.

El jardín está poblado por hormigas pequeñas que te pican los pies y los tobillos si te quedas quieta apenas unos segundos. En el jardín no puedes dejar de moverte, o bien, tienes que aceptar ser picada y listo.

Comencé el taller. Tengo ocho alumnos. Platiqué de mis lecturas, del acto de escritura, de sostener la emoción primigenia; las cosas en las que creo.

E., F. y yo salimos por la noche. F. nació en Cuba, es la pareja de E., ha vivido en Nueva York, Barcelona y no sé en donde más. Es de esos trotamundos que tienen la facultad de habitar cualquier sitio y aprender, de las personas cuya casa es su propio cuerpo, realmente. Viaja ligero y vive ligero (o eso parece). Conoce todas las películas que te imagines y ha leído mucho. Dice que en Nueva York estuvo en una fiesta con Madonna.

Después de cenar en un sitio italiano buenísimo, fuimos al Mammy Glue. Una casona blanca y amplia; el color relucía en la penumbra. Nunca había estado en un bar tan blanco. Vimos un show protagonizado por una legión de hombres y mujeres disfrazados de bomberos, motociclistas, magas, mimos, domadores y demás, que bailaron números musicales curiosísimos. Además, hicieron pirámides humanas, acrobacias, saltos en trapecio, en fin, un espectáculo circense, con lentejuelas y yucateco.

Estoy durmiendo sola en la casa, dentro de la garita. Me acompañan en el jardín, Lolita, una gata a la que F. le ha puesto de sobrenombre "hambre de amor", porque no deja de maullar nunca. Lolita está embarazada, tiene hambre de madre, no sé si de amor. Anoche, al llegar, le di leche en un plato y esperé hasta que se la terminara para lavar el plato y guardarlo. No quería que E. se molestara conmigo por alimentar a Lolita.

Terminé el taller, querida hermana. Creo que ha estado bien. El mejor día fue el miércoles, cuando los mandé a la calle para buscar una persona para convertirla en su personaje. R. llegó feliz de la excursión, ella se dedica a hacer joyería artesanal, nunca ha escrito nada y de pronto, se le ocurrió que un hombre mirara a la diosa de la fuente del parque cercano como si estuviera viva. Dijo que era la primera vez que se le ocurría una historia. Yo me emocioné, sinceramente. J., quien tiene un cargo político en un pueblo cercano, encontró a un joven que le recordó a sí mismo y a su euforia de juventud. Me he llevado agua al corazón con este taller y estos alumnos. Volver a ser testigo de la generación de historias, de los sacudimientos de cada uno, de sus temores y los riesgos que asumieron, en fin, de contar, de escribir, ha sido un privilegio.

Tengo que dejarte ya, querida hermana. Me quedan cosas en el tintero, sin embargo. Te las escribiré más adelante.

Cuando estaba por despegar de la ciudad de México, vi fuegos artificiales desde la ventanilla del avión. Cuando regresé, poco antes de aterrizar, vi fuegos artificiales otra vez. Te lo juro. Con los primeros en las pupilas, pensé que eran señales de los tiempos que viviría en Mérida y tenía razón: hubo luz, color y cierto olor a pólvora, pero al ver los fuegos de regreso pensé en el futuro: viene una explosión.

Te quiero.

Un abrazo fuerte,

Daniela

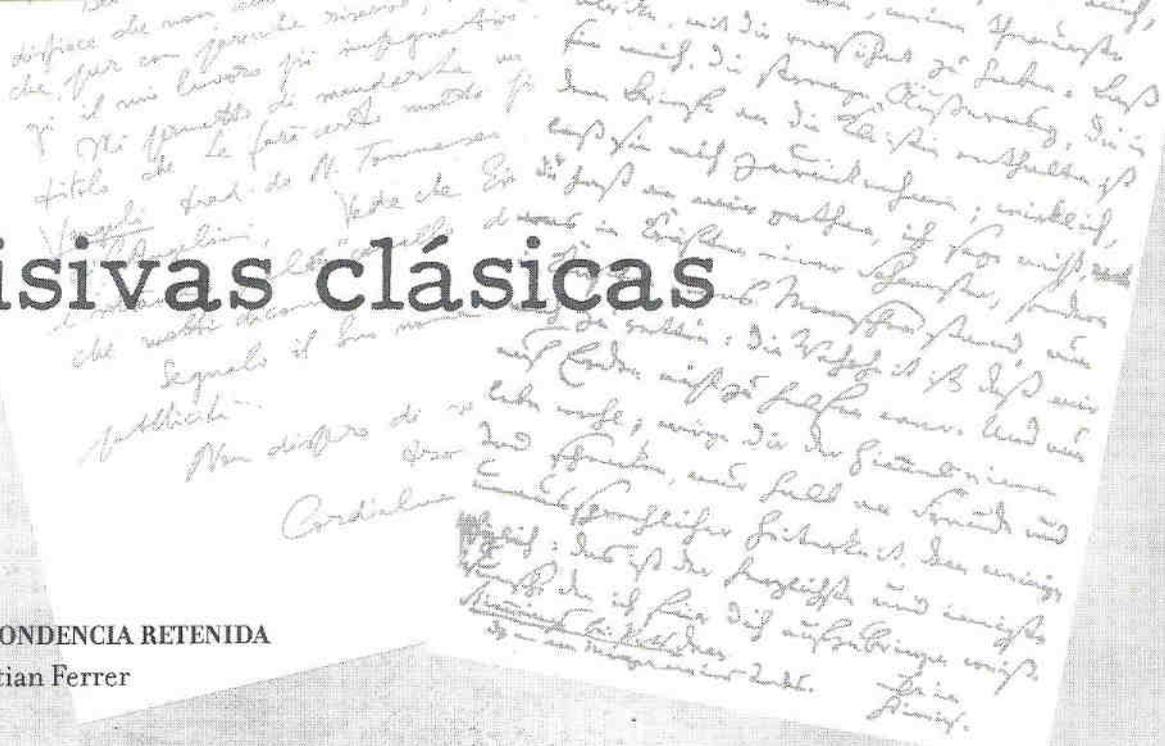
Misivas clásicas

CORRESPONDENCIA RETENIDA

Por Christian Ferrer

Cada tanto la política pone a prueba, o más bien incordia, a la amistad. La prioridad elemental se invierte por sometimiento a tal o cual idealismo que a largo plazo revela, casi invariablemente, haber sido consentido en nombre de pasiones crédulas, y que, en lo inmediato, apresura el malentendido innecesario y el episódico desacuerdo. Retrotraídos hacia sus respectivas éticas de la verdad, hay quienes se sienten compelidos a conceder o negar autenticación a escenas históricas que en verdad suelen ser más brumosas que nítidas. Como la historia no suele cuadrarse ante las preferencias morales de cada cual, cuando al fin parece hacerlo es porque ya está disolviéndose del presente. Por un tiempo todavía es posible aferrarse al espejismo, que siempre es autorretrato, hasta que la época trueca el sonriente beneplácito en dentellada y alarido. Eso nunca puede ser evitado. Y entonces hay que recomenzar. Mientras tanto, se opta por alguno de los bandos, se alinea la retórica en un tono más o menos uniforme, generalmente alto, y después siguen las firmas.

Así ocurrió a mediados de la década de 1950, una vez defenestrado el general Perón, cuando las elites intelectuales tuvieron que sentar posición con respecto al gobierno de la "Revolución Libertadora", pero divisiones de aguas similares han sido vistas en el caso de otros golpes de estado, o cuando las multitudes vinieron marchando, y también al final de alguna dictadura. Y allí estaban, intercalados, unos y otros, entusiasmados y suspicaces, participativos y rehusantes, hombres de fe y no-creyentes. Y por sobre todas las cabezas, el gobierno de turno, sea para serle concedido plácemes o para ser contrariado. No obstante, todos compartieron una misma convicción acerca de los supuestamente indubitables "deberes públicos" del escritor. También Victoria Ocampo, la remitente de esta carta, y Ezequiel Martínez Estrada, su destino.



"Compréndame, mi querido amigo, su carta está ya en pruebas. Sólo la retengo". Hay aquí aliento de súplica, no desentendido del aviso dejando claro al interlocutor de que ha sido puesto en capilla: "en pruebas". ¿Qué se pretende retener? El desaliento, enfermedad de riesgo, pues la política, en mayor o menor medida, requiere de entusiasmo y promesa. La carta retenida "en prensas" llevaba la firma de Ezequiel Martínez Estrada, hombre acreditado para dar opinión. Victoria Ocampo, directora de la publicación a la que fue destinada, la barrunta portadora de maná negativo. Quien la leyera, quedaría "tocado". Es el viejo problema de los "efectos de lectura". Si se tiene en cuenta que el comité de redacción de la revista — Sur— se había mostrado más que complacido con la nueva situación, esa notoria disconformidad no podía ser embuchada sin regurgitaciones, cosa que de todas maneras terminó por ocurrir. Demasiadas cercanías de Sur apoyaban casi irrestrictamente al gobierno del general Juan Carlos Aramburu. Muchos incluso eran copartícipes. Era la fiesta de los liberales. ¿Para qué ensombrecerla con dictámenes amargos? ¿No es la ilusión una excusa posible?

Victoria Ocampo fecha su respuesta a comienzos de diciembre, año 1955. Han pasado tres meses del golpe de estado que eyectó al presidente Juan Domingo Perón de la Casa Rosada y un mes de la aparición del último número de Sur que celebró esa evicción. El lema que había acompañado a ese número era "Por la Reconstrucción Nacional". Suficiente motivo de irritación para Martínez Estrada, que era miembro del comité de la revista. En eso estaba casi solo: eran muchos los hombres de ideas que aceptaron puestos y responsabilidades en el nuevo gobierno. Por eso había enviado su carta pública, que nunca sería publicada. En ese mismo mes de diciembre salía de imprenta, además, el primer libro de Martínez Estrada en cinco años, una obra de urgencia y de tono bronco que pronto llamó la atención. Su título, un interrogante, ¿Qué es esto?, pertenecía a un género antiguo, de zarandeo y estrépito, y aunque hasta el día de hoy se lo tiene por pedrada despiadada e injusta arrojada sobre el peronismo, en verdad se trata tanto de una recusación de la escena política conculcada como de un evidente menosprecio por los benefactores del cambio. Esa "tercera posición" también es motivo de retención de la correspondencia. Victoria Ocampo comprendió rápidamente que la unidad de propósitos estaba amenazada.

"Vi, por lo pronto, el efecto que le produjo a nuestro amigo Sebastián Soler". Es la única otra persona mencionada en la carta, un bien conocido hombre de leyes que alguna vez, en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, había peregrinado a los Estados Unidos en compañía de Martínez Estrada y que ahora revistaba como jefe de todos los fiscales de la Argentina. La Procuraduría General de la Nación es hoy un puesto apenas tenido en cuenta en el organigrama gubernamental, pero entonces era muy prominente. Soler resultaba ser la más encumbrada punta de un iceberg de "personalidades" de la cultura, ese notorio mundo diminuto, que habían asumido cargos en el gobierno del general Aramburu. "Hombres de

nota": Jorge Luis Borges, Vicente Fatone, Manuel Mujica Lainez, Eduardo Mallea, Jorge Romero Brest, Vicente Barbieri, Francisco Luis Bernárdez, Julio Noé, Carlos Sánchez Viamonte, Rafael Squirru, Horacio Butler, Ernesto Sábató, y más aún. A todos los animaba la "buena fe", amén de la aversión al peronismo. Pero la buena voluntad es una justificación poco atendible en el largo plazo. Tampoco importa la posición adoptada: defensa o ataque. El que está afuera pretende estar adentro y el que ya está mantiene a los otros en sala de espera. En esa alter-nancia están de acuerdo. La cuestión es que nadie sabe cómo el porvenir justipreciará las acciones de los hombres públicos.

Victoria Ocampo no la tuvo fácil, aún contando altibajos, pero nunca se le escatimaron reconocimientos. Tan sólo está faltante una biografía que haga honor a su desmesura. Tampoco le fue mal a Martínez Estrada, una vez ponderados olvidos y recuperaciones. Pero ya nadie recuerda a Sebastián Soler. Rodolfo Walsh le aseguró una módica posteridad sombría, pues aparece mencionado en las últimas páginas de Operación masacre, en el capítulo titulado "La justicia ciega", como uno más del bando de los malos, algo que hubiera sorprendido mucho al muy liberal autor de Fe en el derecho. De allí en más los peronistas lo considerarían un "jurista de la oligarquía", ya que, haciendo abuso de sus prerrogativas como Procurador General de la Nación, había instruido a la Corte Suprema de Justicia para que traspasase la causa penal que se estaba siguiendo contra el coronel Desiderio Fernández Suárez, responsable de los fusilamientos de junio de 1956, de la justicia ordinaria a la penal, lo cual permitió que el caso quedara en la nada e incluso que el acusado recibiera un ascenso de rango militar. Eso sucedió en 1958, año en que el renombrado jurista dejó de ser procurador general y año en que el aún poco conocido Rodolfo Walsh publicó su investigación acerca de aquellos crímenes cometidos en el suburbio.

¿Paciencia entonces? Eso era pedir mucho a Martínez Estrada. Se esté a favor o en contra de un gobierno, la paciencia es menos un atributo de la mesura que agónico anhelo de que las cosas vayan arreglándose solas, o más bien que se acomoden al esquema político o moral de los que se sienten "llamados" por la época. "Su carta fue a la imprenta. Sólo después de ver cómo había reaccionado Sebastián Soler decidí, por lo menos, esperar antes de publicarla". Así, en detención, se planta Victoria Ocampo. ¿Qué es lo que ella espera? No un cambio de opinión. Conocía bien a Martínez Estrada y sabía que eso no era posible. ¿Un artículo argumentado, sin mayores subidas de tono? Eso podía conducir a resultados aún más impredecibles. Quizás esperaba lo que todos los entusiasmados y desesperados de la política ansían: que el gobierno en ejercicio, para bien o para mal, demuestre ser lo que ellos pretenden que sea. Es el "milagro en cadena" al que Victoria Ocampo hace referencia.

En los meses siguientes Martínez Estrada haría pública su disconformidad con la Revolución Libertadora, mantendrá una áspera polémica con Jorge Luis Borges al respecto, y en-

cajará un par de misiles que le fueron lanzados por el bando liberal, entre otros un artículo descalificador de Roberto Giusti publicado en La Prensa y otro, aún más despreciativo, en las páginas de La Vanguardia, que lo amargaron bastante. Y sin embargo, Borges y Giusti habían comprendido rápidamente lo que varias generaciones de críticos posteriores no lograron percibir a simple vista: que el libro de Martínez Estrada —¿Qué es esto?— resultaba ser un alegato blasfemo en favor de un Perón demoníaco a la vez que un vituperio en contra de los partidos políticos que pretendían heredar al peronismo: los "liliputienses".

La tensión de ruego y de alarma que hacen, de la respuesta de Victoria Ocampo, un documento de época más que una petición personal, se resolvió en la nada. Martínez Estrada retiró su carta y no envió un artículo a nuevo. Si luego voceó sus diatribas, fue en otras páginas. ¿Por qué no en Sur? No por alejamiento, pues allí volvería a publicar. Tampoco le sobraban canales de difusión. En esos meses muchas veces voceó su irritación cuando La Nación le rechazó artículos de actualidad, o cuando Radio Belgrano se negó a emitir al aire unas conferencias suyas sobre peronismo ya grabadas, o cuando la Sociedad Argentina de Escritores, de la cual había sido presidente por tres veces, no le abrió su salón de actos para una charla sobre el estado del país. Pero Martínez Estrada quería demasiado a Victoria Ocampo como para destrarla u ofenderse por causa de episódicas preferencias del momento. Después de todo, aunque ambos habían sido contrarios a Perón, sus mutuos temperamentos tenían mucho de la desmesura peronista, lo que es decir de incomprensible superabundancia. Por lo demás, a las ideas políticas, cuanto menos se las mencione, mejor, porque mejor que decir es hacer y mejor que prometer es realizar. Luego, cada cual saca sus conclusiones. De otro modo la política es semilla de enemistad.

6 de diciembre de 1955

Sr. Ezequiel Martínez Estrada
Av. Alem 908
Bahía Blanca

Mi querido, recordado y admirado amigo:

Recibí su dolorosa y dolorida carta. Lo comprendo, créame. He estado muy indecisa sobre lo que más convenía hacer con esa carta y, al decir "convenía", no me refiero a conveniencias materiales, desde luego. Ni a temores. He pensado única y exclusivamente en el efecto

espiritual, en el desasosiego, en el desaliento que podía producirles a algunos hombres de buena fe que en estos momentos se están sacrificando con la esperanza (y la ilusión) de sacar a nuestro país de la desastrosa situación en que se encuentra. Ví, por lo pronto, el efecto que le produjo a nuestro amigo Sebastián Soler.

Usted sabe, creo, que Sebastián ha estado bastante enfermo y, en estos momentos, ha aceptado el nombramiento de Procurador General de la Nación, haciendo un verdadero sacrificio (que le costará, se me ocurre, algunos años de vida). Le confieso, mi muy querido Ezequiel, que no creo que, hoy por hoy, podamos todavía dar la batalla por perdida y afligir a hombres que están ya tan profundamente preocupados por los males que nos afectan a todos.

Usted tiene sobrado derecho para decir lo que usted juzgue conveniente y como lo juzgue conveniente. No hay en el país, entre la gente de letras, una voz más autorizada que la suya. Por eso mismo me da miedo...

Su carta fue a la imprenta. Sólo después de ver cómo había reaccionado Sebastián Soler decidí, por lo menos, esperar antes de publicarla. Esperar que usted me mandara un artículo en que plantee los problemas de que habla y las soluciones que usted propone.

Vuelvo a decirle que no hay para mí, en la Argentina, una voz más autorizada que la suya. Por esa misma razón, creo que convendría que usted no se limitara a una carta. Necesitamos saber lo que piensa y cómo encara las cosas. En este momento, se operan muchos cambios, no sólo en el gobierno, sino en el estado de espíritu de las gentes. Y "Sur", por ser una revista que aparece cada dos meses, tiene que publicar—so pena de parecer casi sin sentido— cosas que se refieran menos a la actualidad que a los eternos problemas de nuestro país y nuestros hombres.

En unas páginas que he escrito para el número que va a aparecer, decía yo que la revolución había sido un milagro. Pero, que no podíamos seguir exigiendo milagros diarios. Ya preveía yo que no se podía pedir la prolongación del milagro o los milagros en cadena.

Por eso creo que hay que tener en este momento tan delicado y difícil, un poco de paciencia.

Compréndame, mi querido amigo, su carta está ya en pruebas. Sólo la retengo. Desearía publicar algo más explícito. Creo que es lo que de usted se espera.

Lo quiere y abraza,

Victoria

En esta sección pretendemos poner en cuestión acontecimientos de la hora, para excederlos e inscribirlos en una discusión más amplia en la que quien escribe no puede sino marcar una posición. Así ocurre con este intercambio entre los historiadores Omar Acha y Gabriel Di Meglio, que tiene como punto de partida la creación del Instituto Nacional de Revisionismo Histórico "Manuel Dorrego" y que avanza hacia un debate sobre los modos establecidos y cristalizados de hacer historiografía en Argentina. La crítica al progresismo en la historiografía académica es el terreno común a partir del cual cada historiador juzgará cómo impacta esta época en la historiografía. Frente a las alternativas del momento, Acha nos llama a imaginar un revisionismo histórico de izquierda (para él, todavía inexistente), mientras que, por su parte, Di Meglio señala que algo nuevo hay en gestación en este momento histórico, y que de lo que se trata es de darle espacio.

Polémica contemporánea

REVISIONISMOS

Caro Gabriel/quiero iniciar este conciso intercambio en el espacio concedido por los amigos de En Ciernes martillando algunas vigas y columnas de un posible revisionismo histórico de izquierda pues entiendo que la alternativa a la medianía ideológico política de nuestros días no puede provenir de la derecha sino de la izquierda/el contexto está forjado por el kirchnerismo y la creación del Instituto de Revisionismo Manuel Dorrego aunque sospecho que esa escuadra requiere ser interpretada y excedida/las escaramuzas discursivas en torno al Instituto licúan los entuertos pendientes en una esquemática apuesta por una historia políticamente orientada cuando lo que requerimos es sobretodo una política de la historia[*]/la crisis de 2001 sacudió las compuertas para la renovación de las preguntas intelectuales capaces de estimular horizontes de creación diferentes aunque es claro que no consiguió prosperar en una fractura intelectual generacional liberada del progresismo imperante con sus ensueños neodesarrollistas y adiposos en su amor por la democracia liberal partidaria y representativa/así las cosas no sorprende la ausencia de un proyecto colectivo de cambio en el terreno historiográfico o un revisionismo histórico merecedor de ese nombre en un clima de pronunciamientos intelectuales reiterados pero de una trocha angosta explicable por la ausencia de alternativas auténticas/es preciso comenzar por lo básico necesitamos repensar el concepto de historia un significante moderno indisociable del capitalismo y el colonialismo[**]/hasta donde conozco el examen más profundo lo hizo Marx aunque no extrajera todas sus implicancias en las que no puedo avanzar aquí pero en resumen diría que de Marx no se deriva compacta una concepción materialista de la historia sino mejor una crítica de la historia incompatible con cualquier positivismo[***]/el programa de un revisionismo histórico requiere nutrientes de diversas fuentes entre las que se encuentran múltiples producciones simbólicas tanto históricas como más ampliamente culturales pues está claro que la matriz universitaria de la historiografía autodenominada científica es demasiado estrecha/la primacía de una política de la historia pone en movimiento dialéctico dualismos improductivos como academia vs divulgación investigación vs ensayo ciencia vs periodismo historiografía vs literatura etcétera/me preocupa más la rendición al ánimo histórico progresista que moldea sus interpretaciones en la horma de la modernización o la integración una manera de pensar que va de Sarmiento a Torre de Mitre a Sabato[****]/la izquierda no estuvo al margen del progresismo historiográfico y lamentablemente la derecha que podría habernos provisto de argumentos importantes contra la progresía histórica fracasó así como es poco lo útil de la producción de la progresía nac. & pop/es ocioso nuclear el debate en Pach

o. O'Donnell. o. Felipe. Pigna. pero. si. merecen. discusión. tanto. el. paradigma. progresista. de. la. historia. que. se. reproduce. en. becarixs. y. tesis. de. 25. años. de. edad. como. la. obsolescencia. de. la. mercantilización. del. revisionismo. de. los. años. sesenta/debo. decir. también. que. la. carta. denunciadora. de. Lobato. Sabato. y. Suria. no. fue. desacertada. porque. en. su. reproche. al. Dorrego. no. hizo. más. que. legitimar. un. genérico. modus. operandi. universitario. y. conicetiano. indebidamente. simplificado. y. despojado. de. las. pugnas. ideológicas. que. sabemos. existen/pero. ya. asoman. las. obras. para. una. política. de. la. historia. te. doy. nombres. y. sé. que. soy. arbitrario. pero. no. queda. otra/Ana. Longoni. Hernán. Camarero. Roberto. Pittaluga. Débora. D'Antonio. Federico. Lorenz. Pablo. Ben. Ezequiel. Adamovsky. Victoria. Basualdo... sé. que. me. quedo. corto. pero. el. breve. elenco. tan. insoportablemente. porteño. by. the. way. torna. imaginable. un. próximo. revisionismo. histórico. emancipado. del. progresismo/será. peligroso. o. no. merecerá. existir.

Un. abrazo

Omar. Acha

11. de. enero. de. 2011

[*] Las. intervenciones. desde. la. izquierda. fueron. bastante. deficientes. porque. no. asumieron. las. exigencias. de. un. revisionismo. crítico. que. traccione. problemas/Parecen. defender. una. verdad. preconstituida. cuando. se. trata. de. fundar. una. estrategia. de. investigación/no. un. amedrentado. toque. atrás. sino. un. inesperado. pase. de. treinta. metros. que. redibuje. el. terreno. como. un. cambio. de. frente. de. Riquelme.

[**] Me. refiero. a. la. idea. de. una. historia. universal. con. un. sentido. y. una. dirección. que. conduzca. hacia. algún. lado. sea. la. democracia. la. integración. el. desarrollo. la. sociedad. sin. clases. etcétera.

[***] Se. abren. dos. planos. de. despliegue. Uno. sobre. el. teoricismo. postmoderno. que. denuncia. los. Grandes. Relatos. como. si. eso. fuera. suficiente. como. si. la. historia. no. fuera. una. verdad. ideológica. propia. de. la. sociedad. capitalista. Otro. plano. es. el. modo. de. encarar. los. usos. positivos. de. Marx. como. teórico. filósofo. de. la. historia. cuando. de. lo. que. se. trata. es. de. destruir. esa. historia. como. verdad. de. la. dominación.

[****] Hay. obras. saqueables. cumgranosalis. para. un. programa. revisionista. antiprogresista. por. ejemplo. en. textos. de. Tulio. Halperin. Donghi. José. Carlos. Chiaramonte. Fernando. Devoto. y. numerosas. investigaciones. empíricas. relevantes. para. otra. historiografía/lo. decisivo. es. cómo. leer. esos. trabajos. y. qué. hacer. con. ellos. desde. otras. miradas. por. lo. que. el. simple. denuesto. del. trabajo. académico. es. frívolo. y. perezoso.

CAMBIOS

Querido Omar

Perdón por el atraso, che, muchas cosas este verano. Tu carta me hizo pensar. Acuerdo con la crítica a la polémica generada en torno del Instituto Dorrego y coincido en la oposición que planteas a la historia que llamás progresista —nuestra “historia whig”—, hegemónica desde los años 80. Superarla es difícil porque ha ido de la mano de un desarrollo institucional del campo historiográfico —en las universidades y en el CONICET— que ha constituido un encuadre sólido, respaldado a la vez por criterios académicos internacionales que contribuyen aún más a reforzar esa posición.

Es la forma académica la que me parece clave. Quienes tenemos la suerte de que nos paguen por investigar sabemos que nuestra práctica requiere ciertas premisas profesionales que hacen que cualquier debate en los ámbitos académicos se resuelva en un formato que condiciona el peso de las polémicas y encauza las disidencias. La obra de los autores que mencionás, que es valiosa y ha desafiado algunos nudos importantes del consenso previo, está políticamente orientada hacia la izquierda, pero muchas veces —no siempre— se sigue expresando en el marco académico que, nacido en el momento socialdemócrata de mediados de los 80, lleva en su esencia un componente de valores “progresistas” que condiciona fuertemente la capacidad disruptiva de nuevas interpretaciones. No veo que una revisión fuerte por izquierda pueda realizarse dentro de un campo con tales premisas.

Por eso, una política de la historia no puede sólo, creo (y te cito), traccionar problemas. Eso es indispensable pero también lo es revisar la forma de nuestra práctica. Creo que sobre todo tenemos que recuperar la narración. Los historiadores analizamos el pasado pero también, y fundamentalmente, contamos historias. No debemos perder la rigurosidad en la que se nos ha entrenado y que reivindico, pero ganaríamos mucho recuperando plenamente esa función, narrar, que es muchísimo más antigua que el surgimiento de la historia como disciplina.

Porque el cambio por izquierda que proponés sólo me parece posible con un desafío mayor que el de encontrar nuevos problemas o el de una orientación política más o menos explícita. Y además eso permitiría disolver aunque sea un poco la disyuntiva polar entre divulgación y academia, para contribuir a que brindemos una historia a la sociedad, al pueblo, al proletariado, a la gente o lo que cada uno elija como objeto.

Vislumbro que algo de ese cambio está en marcha, y me alegra. No sé si es un revisionismo y no lo llamaría así. El término ya pertenece en Argentina al revisionismo clásico y cualquier uso que se haga de la palabra remitirá a ese movimiento.

De todos modos, creo que el regreso del revisionismo a la discusión —aunque en una clave que hace recordar la máxima marxiana de la repetición, fue tragedia pero hoy parece farsa— es interesante porque es el primer rebote directo del momento kirchnerista en el campo historiográfico, fuera de posicionamientos políticos de los historiadores que no han impactado en la práctica. La discusión sobre el Dorrego tampoco lo hizo, pero nos abre una puerta para la crítica, para desarmar y problematizar la trayectoria del mundo académico en el que nos formamos y desempeñamos. Necesitamos diagnosticar, detrás del discurso de la superación de las tradiciones previas y de la pretendida neutralidad, qué selecciones se hicieron, qué temáticas se privilegiaron y en qué hubo silencio. Es algo indispensable para encarar una transformación.

De todos modos, no estoy seguro de que podamos anticipar cómo será el cambio. Hay cosas que ya están en marcha y tal vez es difícil percibir las contemporáneamente. Lo ilustro con un ejemplo que se me ocurre porque en el bar donde escribo estas líneas suenan de fondo temas de The Clash. Cuando vemos la historia del rock es indudable que el "giro punk" de 1977 fue un momento crucial. Ahora bien, hace poco leí una entrevista a Ricardo Soulé, que estaba en Londres en esa época y que por supuesto estaba interesado en la escena musical, en la que afirmaba que no se dio cuenta para nada de que estaba ocurriendo ese gran movimiento. Y conozco otros testimonios similares; algo pasaba pero no todos estaban pendientes de ello. Fue retrospectivamente que el 77 fue convertido en un mito en la historia musical. Bueno, tal vez esté ocurriendo algo así. A veces los cambios sólo se perciben cuando ya han sucedido. De todas maneras, no tenemos que dejar de buscarlos, ¿no?

Abrazo

Gabriel,

8 de marzo de 2012.

CONSPIRACIONES

Gabriel querido/Interesantes tus posiciones/Creo que las discordancias entre nosotros son de carácter estético y político/Donde yo avivo el tajo vos trazás un pasadero donde yo sopapeo vos das la mano cristiana/Presentís un cambio en barbecho todavía sin concepto como Soulé y el punk que no pudo ver/Sin embargo no fue la ceguera de Ricardo lo que parió al punk sino un violento rechazo musical de la sociedad británica y esto es lo esencial se inventó como estilo/No hay cambio real por dialéctica inmanente ni progresión intestinal ni por maduración o levación/Porque si se produce en el seno del mundo digamos el cambio munda está habitado por la ley/Nada subversivo puede encrespase sin vocación de primero sin retobe sin

.falta.envido/Si.algo.fragua.sin.que.lo.sepamos.estamos.en.problemas/Por.eso.el.vuelo.del.bú ho.de.Minerva.debe.alzarse.en.la.grisalla.del.amanecer.con.el.peligro.de.pegarse.un.palo/Y.qué.si.el.revisionismo.fue.capitalizado.por.la.derecha.en.los.Treinta.lo.que.permanece.viviente.es.la.producción.de.una.política.de.la.historia/La.resumo.aquí.no.por.lo.que.una.doxa.práctica.genera.sino.por.lo.que.no.ve.al.ver.por.lo.que.desplaza.multiplicando.sus.primicias/La.historiografía.académica.es.múltiple.en.su.adhesión.a.las.reglas.del.oficio.y.en.su.liberalidad.es.o.que.Romero.llama.modestia/No.creo.que.haya.persecución.ni.control.porque.es.innecesario/La.misión.la.tenemos.adentro.diría.el.más.grande.y.consiste.en.plegarse.al.concepto.de.historia.que.como.el.país.argentino.es.generoso/De.allí.que.el.chequeo.de.las.formas.de.comunicación.sea.una.cuestión.fundamental.empero.no.baste/Pero.sí.claro.que.sí.vamos.también.por.una.estética/Vos.decís.que.debemos.buscarlo.en.gestación.cuando.hay.que.crearlo.traducirlo.a.odres.lozanos.atenazarlo.en.hormas.imberbes.o.romper.sus.huesos.reblandecidos/Por.es.o.antes.que.fragua.pacífica.aticemos.beligerantes.y.ansiosos.los.embriones.de.una.conspiración.quizá.una.especie.de.blanquismo.o.ultraleninismo.intelectual/Me.gusta.el.vocablo.revisionismo.de.izquierda.porque.pugna.un.nombre.malo.y.lo.conquista/Otra.cosa.es.si.nos.da.el.cuero.pero.eso.ya.es.parte.de.un.acuerdo.como.cuando.nos.queremos.levantar.a.alguien.y.nos.falla.el.chamuyo/Por.otra.parte.hay.temas.de.la.extrema.derecha.que.me.intrigan.como.la.ruptura.del.unitarismo.ingenuamente.procesual.de.la.Historia.o.la.acumulación.de.progresos/El.progresismo.es.la.ideología.de.la.clase.media.blanca.y.educada/No.me.interesa.la.defensa.de.una.visión.reaccionaria.el.gran.error.inverso.cometido.por.los.Irazusta.también.por.sus.prisiones.culturales.de.clase/Mi.tesis.es.que.sólo.la.izquierda.puede.inventar.una.alternativa.al.progresismo.en.filosofía.en.literatura.en.historia/Por.eso.puede.conquistar.un.otro.revisionismo.o.histórico.que.produzca.historias.divergentes.de.la.academia.normalizada.y.del.pseudorevisionismo.mercantil.de.los.Pignas/Estoy.lejos.de.crear.que.dicho.revisionismo.esté.a.la.vuelta.de.la.esquina.o.germinando/Desde.luego.que.se.menean.llamaradas.incluso.por.doquier/Mas.justamente.hay.una.brecha.entre.las.producciones.individuales.y.las.obras.conspirativas.por.definición.colectivas.en.su.factura/Los.hechos.de.cultura.significativos.son.fenómenos.interindividuales.y.requieren.voluntades.explicitas.y.combativas/No.para.que.florezcan.mil.flores.ni.seamos.más.pluralistas/En.ese.plano.no.está.planteado.un.lugar.bajo.el.sol.ni.la.huida.de.las.fauces.del.estado.y.el.mercado/Yo.no.quiero.que.se.multiplique.la.diversidad.de.opiniones.en.tanto.que.tal.como.quiere.el.pensamiento.liberal.y.en.general.el.progresismo/Un.programa.de.revisión.es.conquistador.y.decidido/No.se.trata.de.condicionar.la.academia.o.hacerla.más democrática.sino.de.conquistarla/Ni.de.publicar.al.lado.de.Pacho.sino.de.vender.más.que.él/Es.lánguida.la.pugna.por.el.fin.de.los.paradigmas.o.la.mera.multiplicación.relativista/La.alternativa.consiste.en.uno.ideológicamente.preferible/Y.ahí.es.donde.todo.comienza.pues.no.es.evidente.que.nuestros.trabajos.den.la.medida/Al.respecto.no soy.autocelebratorio.creo.que.

hay promesas pero está vacante el programa colectivo/Ese programa requiere una apostura de dominio y al mismo tiempo la certidumbre de la castración/Al brote de la dimensión narrativa y la reflexión sobre las prácticas que proponés lo nutre la política/Cuando hoy se epistemologiza la historiografía profesional y se mercantiliza el ensayo histórico ha llegado la hora de politizar las historias/Las imagino repletas de chicas Almodóvar lúmpenes y proletariado.

Abrazo.

Omar.

22 de marzo de 2012

CAMINOS

Querido Omar

Como con tantas cosas, pensé en escribir esto en abril y lo hago a principios de junio. Así que empiezo otra vez con disculpas. Ésta fue una propuesta de verano y ahora escribo en un bar, al lado de una ventana, y en cualquier momento me muevo por el frío que entra.

Acuerdo con que es deseable que una transformación sea consciente y que la lleven adelante voluntades combativas, pero no estoy convencido de que funcione como esas voluntades desean. Mi viejo solía decir que lo ideal es enemigo de lo posible. No es que debamos bajar resignadamente la cabeza sino pensar en qué está a nuestro alcance modificar. Porque cuando las tareas son titánicas los fracasos son más probables, y las búsquedas más acotadas no son menos valiosas pero a veces sí más efectivas.

Como señalás, creo que en nuestro campo historiográfico hay algo en gestación. Y eso que veo transformándose vagamente tiene que ver con la impronta kirchnerista, que nos ha permitido repensar varias cosas. El peso del kirchnerismo, sumado a la crisis de 2001, abrió grietas en un sistema académico sólido, que había logrado varios consensos en los debates sobre el pasado (dado que no en los espacios institucionales, siempre sujetos a la lucha facciosa), por los cuales personas con opiniones divergentes sobre el presente encontraron fuertes coincidencias en sus apreciaciones históricas. Y eso se debe en buena medida al triunfo de la mirada que llamaste "progresista" en la reorganización disciplinar posterior a la Dictadura. Mirada que, coincido, hay que desarmar.

Creo que es necesario hacer explícita la construcción, desde los 80, de un modelo sostenido en la conjunción de lo que puede llamarse una perspectiva "socialdemócrata" con otra "liberal" —en Argentina muy cercanas— por la cual una de las formas posibles de democracia

fue transformada en la única válida. A partir de ese modelo, en muchos trabajos se han interpretado y juzgado el pasado y el presente del país, contrastándolos implícitamente con una normalidad abstracta, que no existe en ningún lado, en la que imperan la libertad individual plena, la división de poderes incontaminada de intereses, la tolerancia y la protección social. Desde allí se rastrean supuestas direcciones positivas y oportunidades perdidas. Está tan arraigada la idea de que ese debe ser el punto de llegada, que a veces no parece evidente que es una concepción historiográfica más.

Otro rasgo de la "historia progresista" ha sido la valorización de la novedad: distinguir los avances de la individuación y la tolerancia frente a posturas muchas veces presentadas como "conservadoras" o "tradicionales", términos claramente peyorativos. El problema es que el ensalzamiento de algunos aspectos oculta otros. Un ejemplo de la época que me apasiona: en 1826 los unitarios impulsaron la libertad de cultos en Argentina y frente a ello Facundo Quiroga, convertido al federalismo, proclamó "religión o muerte". Parece claro: una actitud conservadora frente a una medida liberal por excelencia. El problema es que si se le da un sentido positivo a ésta, algo lógico desde el presente, se corre el riesgo de considerar que ese grupo modernizador tuvo en general una actitud más positiva, constructora de progreso. Ahora bien, al analizar la actitud de los unitarios respecto de las clases populares y compararla con la de los "tradicionales" federales—mucho más respetuosos de los intereses plebeyos—el lugar de la positividad se modifica. Enamorarse de lo evolutivo, de cualquier modernización, puede alejar al observador de la experiencia de los seres humanos que experimentaron ese proceso. Como ha ocurrido con el modelo agroexportador consolidado a fines del siglo XIX, duro para los de abajo y generador de una desigualdad social decisiva para el futuro argentino, que fue sin embargo gratamente recordado por varios de nuestros colegas en el Bicentenario.

Estos son sólo un par de aspectos de la "historia progresista", que debe ser criticada para contribuir a una historiografía que preserve lo mejor de la académica—sobre todo la rigurosidad—pero sin el peso de aquella. Ahí hay una agenda posible y deseable, un camino a recorrer. Vos la pensarás desde la izquierda, yo desde mi mirada populista, que por supuesto considero de izquierda. Ahí, supongo, nuestras perspectivas, en general divergentes, pueden coincidir un poco. Y sí, tiendo la mano, como decís; nunca creí en un dios, pero vivimos en una cultura marcada por el cristianismo. Y acá estamos.

Ahora sí, me cambio de mesa.

Abrazo

Gabriel,

4 de junio de 2012

Cartas sobre la mesa

Incluir una carta sobre Malvinas y las apreciaciones que esa carta despierta en el editor de un diario no sería nada raro en una sección como ésta, dedicada a indagar sobre las opiniones y puntos de vista en torno a cuestiones actuales, si no fuera porque estamos hablando de una carta escrita hace casi 150 años y si no fuera porque el editor de ese periódico se llamaba José Hernández. Las incluimos, sin embargo, no con la intención de marcar la anticipación o actualidad del texto, algo que sólo se consigue a partir de forzadas analogías; sino en tanto hablamos de la densidad de un problema que entre otras cosas involucra a nombres como los de Hernández, Groussac o Palacios, para nombrar sólo a algunos. Por el contrario, las publicamos porque hablamos de las posibilidades que un texto como éste nos ofrece para pensar la cuestión Malvinas más allá de los límites que impone la discusión sobre la guerra. Presentamos en esta sección, entonces, la carta del Comandante Lasserre y la intervención de Hernández, teniendo en cuenta que ambos textos constituyen parte del cuerpo periodístico olvidado de un clásico, pero sobre todo considerando que en el debate actual, cosas como las que aquí se expresan y el simple hecho de que se hayan expresado hace tanto tiempo, tienen que ser tenidas en cuenta y valoradas a la hora de pensar esta problemática tan particular.

CARTA DE AUGUSTO LASSERRE, NOVIEMBRE DE 1869.

DESCRIPCIÓN DE UN VIAJE A MALVINAS ¹

Mi querido Hernández: Cumpliendo con la promesa que usted me exigió en julio próximo pasado de hacerle la relación de mi viaje a las Islas Malvinas, le envío las siguientes líneas, que quizá le ofrecerán algún interés, por la doble razón de ser ellas [las islas] propiedad de los argentinos y de permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños.

No es mi intención, ni creo oportuno este caso, para entrar en consideraciones políticas sobre la no devolución de ese inmenso territorio que hemos *prestado* a los ingleses, un poco contra nuestra voluntad, pero no quiero dejar pasar esta oportunidad sin deplorar la negligencia de nuestros gobiernos, que han ido dejando pasar el tiempo sin acordarse de tal reclamación pendiente, y haciendo con imperdonable indiferencia más imposible cada día la integridad de la República Argentina.

Es de suponer que la ilustración del actual Gobierno Nacional comprenda la importancia de esa devolución, que él se halla en el deber de exigir del de S.M.B., pues que esas islas, por su posición geográfica son la llave del Pacífico, y están llamadas indudablemente a un gran porvenir, con el probable aumento de población de nuestros fertilísimos territorios. A ustedes, los de la prensa, es a los que compete, llegado el caso, tratar esa cuestión.

*

Por ahora pasemos pues a mi relación.

Comisionado especial por el señor D. B. Delfino, agente en esta ciudad de la Asociación de Seguros Mutuos de la Marina Mercante Italiana, con el objeto de levantar una información legal sobre el naufragio, incendio y abandono de la barca italiana "Perú", me embarqué en los primeros días de julio, como pasajero, a bordo del Schooner inglés, "Floam" con destino a Stanley, capital de las Islas Malvinas.

Favorecida nuestra navegación por los vientos del NNS y NO, catorce días bastaron para llegar al término de nuestro viaje. No era esta la primera vez que iba a Stanley, pues en 1857 había estado ya con el "Daniel" y posteriormente, volvía a Malvinas a bordo del mismo, a tomar un cargamento de aceite de lobos en Port Harriet. Sin embargo de ello, no tuve ocasión de conocer tan bien las islas como en este tercer viaje, pues mi permanencia en ellas fue muy corta en aquella época mientras que esta vez exigiendo mi comisión que entrara en relación con las autoridades inglesas allí establecidas, he tenido oportunidad de adquirir datos seguros sobre la población, su comercio, su vida y su modo de ser.



Stanley tiene una población de quinientos o seiscientos habitantes, es el asiento del gobierno; su bahía es inmejorable, pues se halla rodeada de una cintura de serranías continuamente cubiertas de nieve y que sólo dejan una boca de doscientas cincuenta a trescientas yardas de anchura. Esa boca, única entrada o salida para los buques, comunica con Port Williams que, el mismo, lo hace con el mar. La bahía de Stanley es un puerto en el fondo de otro inmenso puerto.

Los buques de mayor porte atracan a los tres o cuatro muelles que hay delante del pueblo, teniendo un excelente fondeadero que varía entre seis y tres brazas. Al abrigo de todos los vientos, la bahía se halla en calma completa, reinando afuera terribles temporales.

La aproximación de Port Williams es bastante peligrosa por las muy numerosas piedras que hay a flor de agua; por ese motivo han levantado un magnífico faro en la extremidad del cabo Pembroke, que forma la parte más oriental de las islas, así como el extremo S del promontorio Williams. La torre es de hierro y mide una altura de ochenta pies ingleses; es de forma circular, pintada de blanco y de punzó, formando anchas cintas que de día la hacen distinguir de muy lejos.

El faro, que se halla en la latitud $51^{\circ} 40' 42''$ S, y en la longitud $57^{\circ} 41' 48''$ O de Greenwich, se ve a ciento cincuenta pies sobre el nivel del mar, y con un tiempo ordinario la luz, que es muy brillante y no vacilante, se distingue a dieciséis o dieciocho millas, en todas direcciones menos al O, o lado de Port Williams. El aparato para el foco de luz es catóptrico y reverberante.

Stanley fue fundada por los ingleses en el año de 1833, si no me engaño, época en que tomaron posesión de esas islas que tan ilegítimamente conservan aún.

He conocido Puerto Luís, antigua capital en tiempo de la posesión argentina, según se me ha asegurado allí mismo por un indio pampa que fue del Río Negro Costa Patagónica en calidad de peón de estancia hace 52 años, es decir, dieciséis años antes de la invasión inglesa. Suponga usted la edad que podrá tener; él mismo no lo sabe, pero dice que era hombre cuando se conchabó para ir a bordo de una goleta cargada de caballos que llevaban desde la costa firme para poblar una estancia en Malvinas.

Desde aquella época, él vive en Puerto Luís, en donde ha conseguido aquerenciar un rodeo de vacas que ha ido agarrando a lazo en las serranías que aún se hallan plagadas de ganado alzado. Se encuentra feliz y sin deseos de volver a su país; es proporcionalmente rico, se ha acostumbrado, o más bien *aquerenciado*, en aquellas soledades, y se ausenta para ir de tiempo en tiempo a Stanley en compañía de su mujer que es una inglesa muy madura también, a asistir a las funciones religiosas de la iglesia protestante en que fue bautizado cuando se casó. Inútil será decirle que ha olvidado totalmente el mal español que hablaba cuando recién fue; hoy se explica en tan buen inglés como la mayoría de los súbditos de S.M.B.

Pero volvamos a Stanley.

Le he dicho ya que es el sitio del Gobierno: las autoridades se componen: 1º de un Gobernador, representante directo de la Reina de Inglaterra; 2º de un Juez (Slipendary Magistrate) con nombramiento de la corona; 3º de una Capitán de Infantería de Marina, Jefe de una guarnición de treinta y cinco a cuarenta hombres; 4º de un Capitán de Puerto (Shipin-Master). Existen además un Consejo Colonial, compuesto de siete individuos notables, que asisten al Juez Real en casos extraordinarios. Dos cirujanos, uno civil y el otro militar, un cura, un maestro y una maestra de escuela y un alcalde o jefe de la cárcel, son los individuos que gozan sueldos de la Corona. No hay Aduana ni cosa que se le parezca; Stanley es puerto libre. Cualquier buque, de cualquier nacionalidad que sea, embarca o desembarca mercaderías sin que nadie le pregunte ni lo que son ni lo que valen.

Además de la guarnición microscópica de que hablé, Stanley posee una batería a flor de agua que domina el puerto. La batería está armada formidablemente de... tres piezas de a seis, y servida por los infantes de la guarnición que, dentro de su recinto tiene el cuartel. ¡A eso se reduce toda la fuerza militar de Malvinas! Es verdad que sobre la batería flamea su pabellón del Reino Unido y que bastaría ese solo guardián para inspirar respeto a los más atrevidos.

El comercio de la Islas Malvinas se reduce, como exportación, a aceite de pájaro (penguins oil), cueros de vaca, de león marino y de lobo, lanas mestizas y merina de superior calidad.

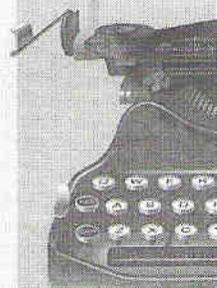
Las producciones vegetales son totalmente nulas, pues apenas esa tierra ingrata produce, con mucho trabajo, una pésima clase de papas, que, con la carne que es en extremo abundante, forman la parte principal y más barata del alimento de sus habitantes.

Dos muy grandes islas, separadas por un canal navegable, forman lo más importante de ese numeroso grupo que los ingleses llaman Falkland Islands, las distinguen por la denominación de isla del Este e isla del Oeste.

En la primera, la del Este, se halla Stanley, Su terreno, muy montañoso, deja muy poco lugar al pastoreo, pues, todo lo que no es sierra es terreno muy pantanoso, cenagoso, con inmensos tembladerales, en los que se entierra un jinete con montura y todo, si tiene la desgracia de abandonar la huella, casi siempre perdida bajo la nieve o el agua del deshielo, que conduce de una a otra estancia.

La naturaleza, siempre previsora, ha hecho, sin embargo, que lo que a primera vista parece una razón de pobreza para los habitantes del Este, sea por otra, de riqueza y abundancia. Las clases de tierra que forma sus llanuras es excelente como combustible, y no creo exagerar al decirle que reemplaza perfectamente al carbón de piedra.

Lo he visto usar en todas las casas; ricos y pobres sacan partido de esa tierra que, incapaz de producir los alimentos necesarios a su subsistencia, deja de serlo para cocerlos y templar agradablemente el aire de sus casas que serían inhabitables si reinase en ella el intensísimo



frío que las rodea. La preparación de ese tan barato como abundante combustible se hace del modo más sencillo; los instrumentos necesarios para la operación se reducen a una pala y un cuchillo grande en forma de machete. En otoño, los pobres van, los ricos envían, a cortar, alrededor del pueblo, una cantidad de panes de turba (nombre de esa clase de tierra) suficiente para consumo de todo el año; esos panes de ocho a diez pulgadas de largo por tres de alto. Puestos a secar al sol en pilas enormes, al cabo de un mes los habitantes se hallan aprovisionados de un combustible cuyo calórico es casi de tantos grados como el carbón de piedra, aunque de un cincuenta por ciento menos de duración a cantidades iguales.

Ya ve usted que no es pequeña la ventaja. Yo he pensado que esa turba, mezclada con betún mineral que es muy barato, y amasada en panes podía perfectamente reemplazar al carbón de piedra para la navegación a vapor, y reemplazarlo con ventaja, si no por la calidad, a lo menos por la baratura, con la sola condición de un cambio de rejillas en las hornallas.

Creo que es un experimento que debería hacerse.

La ciudad de Stanley se compone solamente de dos calles paralelas al puerto. Como en todos los pueblos nuevos, el terreno es sumamente barato, así es que cada casa se ha reservado bajo pared o cerco, una manzana o media que en vez de jardines o quintas, casi sirve de depósito a las pilas de turba. Sus casas, todas de cimiento y paredes de piedra, están techadas de tirantillos de madera de pino, cubiertos de tablillas de madera dura, pintada, colocadas en forma de teja, guardando los techos una inclinación suficiente para no dejar aglomerarse la nieve, que los hundiría bajo su enorme peso.

Todas las casas están edificadas a lo largo de la calle, es decir que tienen muy poco fondo y mucho frente. Esa construcción tiene dos razones de ser, el confort del habitante y el adorno de la calle.

Me explicaré. Viviendo en un clima ingrato, continuamente rodeados y cubiertos de nieve o hielo, los habitantes de Stanley, sin embargo, viven dentro de sus casas, en continua primavera, la vista y el olfato acariciados por las más exquisitas plantas de Europa y América, y el oído, por el canto de innumerables cantidades de pájaros de todas latitudes.

Al frente de todas las casas y contigua a ellas se halla una galería de vidrio o invernadero que ocupa todo el espacio de uno a otro extremo, de modo que todas las habitaciones de la casa comunican, por un lado, al invernadero; por el otro, al patio o patios interiores, que algunos son cubiertos también.

Le he dicho que el pueblo se compone de dos calles paralelas al puerto; hallándose edificado éste, con vista al norte, en la falda de una serranía, cuyo declive es muy suave; las casas de la segunda calle tienen igual vista sobre el puerto, desde sus invernaderos, por encima de las de la primera, formando así la más hermosa perspectiva, sobre todo de noche, cuando todas esas galerías se hallan iluminadas.

Desde el puerto, a bordo, durante esas noches de calma completa, bajo un cielo purísimo, como sólo se ve en las latitudes próximas a los polos, la atmósfera de una transparencia inimaginable, las serranías que coronan el pueblo, cubiertas por la espesísima capa de nieve que redondea y ablanda la aspereza de formas de esas inmensas moles de piedras, Stanley presenta a los ojos del viajero un panorama de indescriptible belleza.

CARTA INTERESANTE

RELACIÓN DE UN VIAJE A LAS ISLAS MALVINAS ²

Empezamos hoy en la primera página (de *El Río de la Plata*) la publicación de una interesante carta descriptiva de un viaje a las Malvinas, que nos es dirigida por nuestro amigo y distinguido Jefe de la Marina Nacional. Comandante D. Augusto Lasserre.

Contiene curiosidades ignoradas por la generalidad de nuestros lectores, y nos hace conocer de una manera sencilla, interesante y clara, la población, usos, costumbres, industria, comercio y demás, relativo a aquellas islas, cuya situación geográfica les da una grandísima importancia.

El doctor Lasserre fue comisionado especial por la Asociación de Seguros Mutuos de Marina Mercante Italiana, para levantar una información sobre el naufragio, incendio y pérdida total de la barca italiana "Perú" en el puerto de Albemarle.

Salió de Buenos Aires a principios de julio ppdo., habiendo conseguido probar, en desempeño de su delicada comisión, la criminalidad del capitán de la "Perú" que, habiendo asegurado su buque y parte del cargamento en una cantidad de 300,00 francos, lo perdió expresa y voluntariamente.

Con objeto de probar evidentemente esa acción fraudulenta, entre otros muchos documentos que se procuró, y que acredita la inteligencia y actividad del comandante Lasserre se halla la carta marítima del lugar del siniestro, levantada expresamente por él y aprobada por el Gobernador y Tribunal Colonial, después de ser sometida a cuatro capitanes de la Marina Inglesa que la declararon exacta en todos sus puntos.

Sus cálculos de observación, así como el sondaje fueron igualmente aprobados.

El original de esa carta (Marítima) fue remitido por él a sus comitentes en Italia, quienes deben haberla presentado ya al Almirantazgo inglés para su aprobación.

Nuestro amigo Lasserre ha designado la península que forma el centro del puerto de Albemarle con el nombre de Perú Rock. No dudamos que la carta descriptiva y noticiosa que nos ha dirigido, y que nos permitimos dar a la prensa será leída con interés.

Llamamos sobre ella la atención del público.



ISLAS MALVINAS. CUESTIONES GRAVES³

La interesante relación del viaje a las Islas Malvinas de nuestro distinguido amigo el señor Lasserre que publicamos hace algunos días en *El Río de la Plata*, ha llamado justamente la atención de la prensa ilustrada, y ha sido leída con profundo y general interés en toda la población. Los argentinos, especialmente, no han podido olvidar que se trata de una parte muy importante del territorio nacional, usurpada a merced de circunstancias desfavorables, en una época indecisa, en que la nacionalidad luchaba aún con los escollos opuestos a su definitiva organización.

Se concibe y se explica fácilmente ese sentimiento profundo y celoso de los pueblos por la integridad de su territorio, y que la usurpación de un solo palmo de tierra inquiete su existencia futura, como si se nos arrebatara un pedazo de nuestra carne. La usurpación no sólo es el quebrantamiento de un derecho civil y político; es también la conculcación de una ley natural.

Los pueblos necesitan del territorio con que han nacido a la vida política, como se necesita del aire para libre expansión de nuestros pulmones. Absorberle un pedazo de su territorio, es arrebatarle un derecho, y esa injusticia envuelve un doble atentado, porque no sólo es el despojo de una propiedad, sino que es también la amenaza de una nueva usurpación. El precedente de injusticia es siempre el temor de la injusticia, pues si la conformidad o la indiferencia del pueblo agraviado consolida la conquista de la fuerza, ¿quién le defenderá mañana contra una nueva tentativa de despojo, o de usurpación?

El pueblo comprende o siente esas verdades, y su inquietud es la intranquilidad de todos los pueblos que la historia señala como víctimas de iguales atentados. Allí donde ha habido un desconocimiento de la integridad territorial, hemos presenciado siempre los esfuerzos del pueblo damnificado por llegar a la reconquista del territorio usurpado.

El señor Lasserre ha dicho muy bien, inspirado en un noble sentimiento, al emprender su interesante narración: *"Las siguientes líneas quizá ofrezcan algún interés por la doble razón de ser ellas (las islas) propiedad de los argentinos, y permanecer, sin embargo, poco o nada conocidas por la mayoría de sus legítimos dueños. No es mi intención, ni creo oportuno este caso, para entrar en consideraciones políticas sobre la no devolución de ese inmenso territorio que hemos prestado a los ingleses, un poco contra nuestra voluntad, pero no quiero dejar pasar esta oportunidad sin deplorar la negligencia de nuestros gobiernos, que han ido dejando pasar el tiempo sin acordarse de tal reclamación pendiente. Es de suponer que la ilustración del actual Gobierno Nacional comprenda la importancia de esa devolución, que él se halla en el deber de exigir del de S.M.B., pues que esas islas, por su posición geográfica son la llave del Pacífico y están llamadas indudablemente a un gran porvenir con el probable aumento de población en nuestros fertilísimos territorios."*

La importancia de las Islas Malvinas es incuestionable. Su proximidad a la costa Sud de nuestro territorio, sus inmejorables puertos para el comercio y navegación de aquellas cos-

tas, el valioso ramo de la pesca, la cría de ganados vacuno y lanar, para la cual se prestan maravillosamente sus fertilísimos campos, con ricas aguadas permanentes, todas éstas son ventajas reconocidas por los que han visitado dichas Islas.

Refiriéndose el *Standard* a la relación del señor Lasserre, y apreciándola en términos honoríficos, anuncia que va a traducirla para ofrecerla a sus lectores. Con este motivo, dice el colega inglés, "que se han realizado grandes compras de ovejas para las Islas Malvinas, las que han sido contratadas a 30 pesos, moneda corriente, elegidas y puestas a bordo".

Pero no nos hemos propuesto esencialmente dar idea de las ventajas económicas que ofrece la posesión de aquellas Islas. Si no hemos debido prescindir de esos detalles, es porque ellos pueden estimular el celo de nuestro gobierno e influir en sus disposiciones en relación a la reclamación diplomática que debe entablar desde ya ante el gobierno británico.

Con esta cuestión se presenta enlazada otra que no es menos grave por ser individual, y que viene a explicar históricamente el origen de la usurpación del dominio de las Islas Malvinas. La República Argentina mantuvo siempre sobre las Islas su indisputable derecho de soberanía. Penetrados nuestros primeros gobiernos de la necesidad de afirmar la posesión de ese derecho por la explotación industrial de aquellas Islas, hicieron con ese fin algunos esfuerzos meritorios.

En 1828, el gobierno cedió al señor D. Luis Vernet la Isla llamada Soledad, a condición de formar en ella una Colonia a su costa. Esta se realizó con el mejor éxito después de vencer todas las dificultades inherentes a una empresa de tal magnitud.

La colonia prosperaba hacia ya algunos años y el gobierno argentino veía con singular satisfacción el gran porvenir que aquella naciente colonia auguraba para la navegación y comercio de nuestras extensas costas hasta el Cabo de Hornos.

En 1831 fueron apresados en las islas tres buques norteamericanos que habían reincidido en la pesca de anfibios contra los terminantes reglamentos que debía hacer observar la autoridad de aquella jurisdicción. El doctor Areco, en la tesis que presentó en 1866 para optar al grado de Doctor en Jurisprudencia, consagra algunos recuerdos a ese episodio histórico que debía tener tan deplorable consecuencias. Dice así: "*El Gobernador de Malvinas [el señor Vernet], obligado a hacer respetar los reglamentos relativos a la pesca, o mejor dicho matanza de lobos, dentro de su jurisdicción, reglamentos tan antiguos como ésta, e interesado en gozar exclusivamente de una de las concesiones que le había hecho el gobierno de Buenos Aires, detuvo unos buques norteamericanos, que según confesión de sus mismos capitanes, se ocupaban de este tráfico ilegal. El tribunal competente los declaró buenas presas y legitimó la conducta del señor Vernet*".

A consecuencia de ese apresamiento el comandante de un buque de guerra norteamericano, destruyó la floreciente colonia de la isla Soledad, y ese hecho injustificable fue precisamente lo que indujo a Inglaterra a apoderarse de las Islas Malvinas, consumando ese



atentado contra la integridad territorial de la Nación Argentina, cuya soberanía sobre aquellas islas había sido siempre respetada.

Un distinguido diplomático argentino, el doctor D. Manuel Moreno, acreditado cerca del gobierno británico en calidad de Ministro Plenipotenciario de la República, en 1834, se expresaba en estos términos en nota dirigida a aquel gobierno: *"No puede alegarse contra las Provincias Unidas [del Río de la Plata] que traten de revivir una cuestión que estaba transada después de más de medio siglo atrás. Por el contrario, la invasión de la Corbeta Clio en 5 de enero de 1833 es la que ha alterado e invertido el estado de cosas que había dejado la convención de 22 de enero de 1771"*.

Entre tanto, el gobierno argentino, que ha pagado íntegramente todas las deudas procedentes de perjuicios originados a los súbditos extranjeros, que se ha mantenido hasta ahora en estrechas y cordiales relaciones con todos los gobiernos europeos y americanos, excepto el del Paraguay, no ha obtenido reparación alguna por los serios perjuicios causados a un ciudadano argentino por la destrucción de la colonia *Soledad*, ni menos por la usurpación de las Islas Malvinas, arrebatadas por los ingleses, en una época en que los gobiernos hacían imprudente alarde de las ventajas materiales de la fuerza, en un momento dado.

Debemos creer que eso se deba a la indiferencia de nuestros gobiernos, o a las débiles gestiones con que se han presentado ante los gabinetes extranjeros. Absorbidos por los intereses transitorios de la política interna, nuestros gobiernos no han pensado en velar por los altos intereses de la Nación Argentina, más allá del círculo estrecho en que se han agitado estérilmente los círculos tradicionales. Nos hallamos felizmente en una situación nueva y especial.

Los últimos treinta años han marcado la serie de grandes progresos morales y materiales. Ya no es el alarde de la fuerza, el que apoya una gestión cualquiera en el mundo diplomático. Los gobiernos han comprendido ya que no hay otra fuerza legítima y respetable que la fuerza del derecho y de la justicia; que el abuso no se legitima jamás, e imprime siempre un sello odioso sobre la frente de los que lo consuman.

La historia y la moral les han enseñado que tarde o temprano se expía el atentado cometido a nombre de la fuerza, porque los que hoy se prevalen de la inferioridad relativa, hallarán mañana otro poder más fuerte, que utilizará en su ventaja la lección que se desprende de un acto depresivo y criminal.

En los tiempos contemporáneos tenemos ejemplos elocuentes de esa verdad. Austria devolviendo el Véneto a la Italia, después de haber experimentado el fusil de aguja; Francia desprendiéndose de México ante la actitud de los Estados Unidos; España abandonando las islas del Perú, ante la explosión del sentimiento americano, son hechos recientes que confirman la saludable revolución de las ideas de moral y de justicia, que se opera en el mundo.

Gobiernos ningunos en los últimos tiempos han llevado más adelante ese respeto por la opinión universal, que los gobiernos de Estados Unidos y de Inglaterra, y son los gobiernos

más fuertes del mundo. La época lejana de ilusorias conquistas pasó y los americanos y los ingleses son hoy los primeros en condenar los atentados que se consumaron en otro tiempo a la sombra de sus banderas. ¿Cómo no esperar entonces que los Estados Unidos y la Inglaterra se apresuren a dar testimonio de su respeto al derecho de la Nación Argentina, reparando los perjuicios inferidos, devolviendo a su legítimo soberano el territorio usurpado?

Entendemos que la administración del General Mitre se preocupó de esta cuestión y envió instrucciones al ministro argentino en Washington, que lo era el señor Sarmiento, para iniciar una justa reclamación por la destrucción de la colonia y el abandono a que esto dio lugar. Parece que el señor Sarmiento no reputó bastante explícitas las instrucciones, aunque apoyó resueltamente el derecho de entablar aquella reclamación. Entre tanto, deber es muy sagrado de la Nación Argentina, velar por la honra de su nombre, por la integridad de su territorio y por los intereses de los argentinos. Esos derechos no se prescriben jamás.

Y pues que la ocasión se presenta, preocupada justamente la opinión pública con la oportuna publicación de la interesante carta del señor Lasserre, llenamos el deber de iniciar las graves cuestiones que surgen de los hechos referidos. Llamamos la atención de toda la prensa argentina sobre asuntos de tan alta importancia política y económica, de los cuales volveremos a ocuparnos oportunamente.



NOTAS

1. La carta de Lasserre a Hernández fue publicada en tres partes, en los números 86, 87 y 88 del diario "El Río de la Plata" correspondientes a los días 19, 20 y 21 de noviembre de 1869. Las tres partes se publicaron en la primera página del diario. Publicamos en papel sólo la publicación correspondiente al día 19, las otras dos partes se pueden ver en la página web de la revista *En ciernes*: <http://enciernesepistolarias.com>
2. El artículo se publicó originalmente con este título en el N° 86 del diario "El Río de la Plata" el 19 de noviembre de 1869 y se volvió a publicar con algunas correcciones el 20 del mismo mes y año (esta versión según la edición de Joaquín Gil, de 1952, corresponde a la del día 20). José Hernández era propietario, fundador y redactor de "El Río de la Plata".
3. El artículo se publicó originariamente con este título en el N° 92 de "El Río de la Plata" correspondiente a la fecha del 26 de noviembre de 1869.

Encrucijadas

Existe un espacio en el que las lecturas, y con ellas, sus pasiones e intensidades, se cruzan. Ese lugar ensoñado encuentra en "Encrucijadas" su espesura. Es así que Martín Kohan, lector temprano de *Un desierto para la Nación*, le escribe a su autor, Fermín Rodríguez, una tentativa a partir del libro: que una autobiografía puede practicarse no sólo contando una vida, sino también un espacio. ¿Hay algo, a su vez, más autobiográfico que una carta? En su misiva, Fermín Rodríguez vuelve entonces sobre las condiciones de producción del libro y, a partir de allí, cuenta cómo le costó trazar los límites de una escritura que pretendía abarcarlo todo. Así nos enteramos que Martín Kohan tuvo algo con ver en ello.

Por su parte, Hernán Sassi y Esteban Dipaola cruzan miradas diferentes sobre la película *El Estudiante* de Santiago Mitre, que sucede en un hábitat familiar para nosotros: la Facultad de Ciencias Sociales. Dos graduados de Sociales, que recorrieron la facultad como estudiantes, y que, a su vez, son estudiosos de las estéticas cinematográficas, dan vueltas en este intercambio sobre la apuesta estética de *El Estudiante*, y si bien difieren sobre la visión política en la que se sostiene la cinta, coinciden en que su aparición, ocasión de debate y discusión, es auspiciosa para el cine argentino.

UN DESIERTO PARA LA NACIÓN

Por Martín Kohan y Fermín Rodríguez

Querido Fermín:

Tendrás presente, como yo la tengo, la idea de que la crítica literaria es un género autobiográfico. Y por la misma razón que yo, que es que Piglia suele decirla. Pero lo primero que uno piensa, o por lo menos lo que pensé yo, es que no se puede escribir crítica literaria sin hacer una historia de las propias lecturas, lo que no deja de ser una variante posible, o por lo menos un capítulo posible, de una autobiografía. Mientras leía tu libro, sin embargo, que en ese momento era una tesis de doctorado en proceso de convertirse en libro, fui descubriendo y entendiendo otra cosa: que la autobiografía puede practicarse contando un espacio, y no ya contando una vida. Y que esa posibilidad está al alcance de la crítica literaria no menos que de las novelas o de las memorias personales o de las autobiografías en sentido estricto. Tu libro sobre el desierto, o mejor dicho sobre ese paisaje poblado por gente y por cosas que se inventó como desierto, que se percibió y se produjo como desierto, ronda tus propios lugares. Da vueltas por ahí, así sea sinuosamente, así sea con una aparente deriva, un poco como los personajes de las novelas de César Aira, que no por nada irrumpen a cada momento en tus planteos, dando golpes de presente en tus análisis sobre autores de otros tiempos: sobre Humboldt y Darwin, sobre Echeverría y Sarmiento, sobre Mansilla y Alfredo Ébélot.

La mención de Monte Hermoso, en página 135 y ss., hace centro en esa verdad. El que lee el libro entero, como corresponde, y cuando digo entero estoy pensando en este caso también en la solapa, se entera de lo que yo ya sabía: que creciste "en Monte Hermoso, provincia de Buenos Aires". O sea que leyendo a esos viajeros y a esos científicos, leyendo a los clásicos como Sarmiento, Echeverría o José Hernández, o a contemporáneos como Aira, como Saer o como Camerero, leyendo sus visiones y sus versiones de la pampa, la fabricación de un vacío y la posterior disposición a llenarlo, estabas leyendo tu espacio, las coordenadas aproximadas de tu pertenencia. Hasta que en un momento dado lo decís: "Monte Hermoso", y a propósito de Ameghino nada menos. Es decir en ese punto prodigioso en el que ciencia y delirio se conjugaron. Monte Hermoso, Ameghino mediante, señalado como el lugar de origen de toda la humanidad. El tuyo, por lo pronto, de manera del todo cierta; pero según conjeturaba Ameghino, de manera por demás incierta, de toda la humanidad.

La pifia de Ameghino se convierte en tu libro en una cosa bien distinta: en una razón impensada de afecto. Imposible no remitirse a la palabra "querencia". ¿La historia de la humanidad no empezó justamente ahí? La tuya sí, en todo caso. Tu pueblo evocado desde lejos,

tu pueblo leído desde lejos. Porque hiciste este libro desde lejos. Lo preparaste, como primera intención por lo menos, para que sirviera de tesis y te dieran el doctorado en Princeton. Fue tesis y sos doctor. Seguí con alivio, y también con gratitud, el trabajo que te tomaste para liberar al texto de la tesis que cargaba y transformarlo a pura escritura en un libro verdadero. Es decir, en uno que quiere ser leído, que pide ser leído, que tiene que ser leído. Me entusiasmó todo ese trabajo tuyo para escribir el libro, rehaciendo la tesis o deshaciendo la tesis, me entusiasmó que se publicara acá, que se leyera mucho y se leyera bien, porque no pude sino sentir todo eso como una forma de ir preparando o prefigurando tu vuelta.

Me parece que no exagero si digo que este libro es un libro de exilio. Mi impresión es que está hecho de esa clase de nostalgia. El capítulo sobre Hudson, tu mirada puesta en ese inglés en la pampa, lo tomé como una indagación sobre la forma en que puede ser posible cambiar de aire, cambiar de tierra, cambiar de lengua, y que resulte.

Cuando salió tu libro acá, me ayudó a acomodar un poco mejor la contrariedad que siempre sentí por el hecho de que te fueras, por tener yo que aprender los modos de la amistad a distancia. Precisamos todavía el género epistolar, porque sigo en Buenos Aires, de donde nunca me moví ni podría moverme, y vos seguís allá, en Estados Unidos, ahora en San Francisco, ahora del otro lado. Vas a volver pronto, y me alegro. Mientras tanto releo tu libro, ahora que ya es libro, y además te escribo esta carta. La distancia, que según creo deploramos a la par, nos procuró probablemente nada más que un beneficio: nos puso a escribir.

Te mando un abrazo.

Querido Martín,

Como veníamos diciendo, tengo presente la pulsión autobiográfica que acecha a los críticos, esos lectores que trabajan más o menos profesionalmente de pensar y escribir a partir de lo ya escrito por otros—sin ir muy lejos, tus novelas. Y no deja de ser algo paradójico, porque entrar a la literatura por la vía de la crítica supone en principio, como condición de lectura, la necesidad de despojarse del yo y devenir imperceptible. A mí me resulta difícil perder el yo y abandonarme a los mundos que giran alrededor de la tercera persona (incluso si se disfraza de primera), allí donde lo que se inventa es menos una historia que una voz y las cosas ocurren a pesar de las ideas e intenciones del autor. No podría ser por lo tanto un novelista: no tengo nada para contar en tercera persona. O mejor dicho: me falta la tercera persona para poder contar. Pero la crítica es un arte de la desaparición, hecho a la medida de los que por pudor o por falta de imaginación, preferimos hablar con tonos y

palabras de otros, habitando entre textos ajenos donde se pierde el nombre y decir yo ya no tiene la menor importancia.

Digamos que los restos autobiográficos que encontrás desparramados entre las líneas de Un desierto para la nación fueron para mí un hallazgo más que una búsqueda, uno de esos encontronazos con algo que viene de afuera—las descripciones de Darwin, las ficciones naturalistas de Ameghino, los bloques de infancia de Hudson, la percepción en Saer, el vitalismo de Deleuze y de Aira, el poder fabulador de Chatwin—y nos fuerza a pensar. De hecho, si mal no recuerdo, son restos que salieron a la superficie de la escritura tardíamente, sobre el final, mientras trataba de reescribir como libro una tesis de doctorado trunca, sin patria, perdida a mitad de camino entre Argentina y los Estados Unidos, escrita un poco atropelladamente en un registro poco sistemático para los parámetros académicos pero que, sin embargo, no llegaba a fluir como libro. Trataba de seguirte los pasos, cuando, de tu propia tesis, extrajiste limpiamente el impecable Narrar a San Martín, un libro donde reconquistaste a fuerza de lucidez teórica y palabras justas la soberanía del crítico cercado por las obligaciones y los rituales de una institución. Había allí una política de la crítica que es, antes que nada, una ética de la escritura que no renuncia a la singularidad del estilo, negándose a la prosa burocrática que las instituciones académicas, periodísticas o del mercado editorial repiten sin diferencias.

Había redactado una tesis; tenía ahora que ponerme a escribir, ficcionalizando o novelando—para decirlo de alguna manera—el aparato conceptual que había armado para la universidad. Tenía que poner los conceptos al mismo nivel que los clásicos nacionales y extranjeros sobre los que quería hablar, hasta extraer de esa repetición de textos muy leídos algún asombro, alguna diferencia de lectura. Los baqueanos, por ejemplo, cuyos saberes y voces anónimas, borradas de la superficie del discurso, están mediando la experiencia de cualquiera de los escritores viajeros que se aventuraban por la llanura, no podían sino estar en el centro del libro, exactamente en la mitad, en el medio de todo, articulando los relatos de viaje europeos de la primera parte con el viaje nacional de la segunda. O la lectura en serie de clásicos del siglo diecinueve con textos del siglo veinte, pasando sin transiciones de un relato de viajes, un tratado científico o un diario de campaña a novelas de Saer y de Aira que retoman en clave de ficción historias fechadas en los mismos años en los que Darwin, Sarmiento o Head publicaban sus libros, constituye una serie de "desvíos": momentos afuera de la linealidad de la historia donde se suspende la idea de progreso y el pasado forma con el presente constelaciones de sentido. César Aira, que, más que imaginar libros, no ha parado de inventar procedimientos para poner en marcha una escritura, pone a los viajes en el nacimiento de la literatura argentina, que es, gracias a ellos, una literatura de vanguardia desde sus orígenes. Los viajes, dice Aira, "eran un relato antes de que hubiera relato". La estructura misma de un viaje, que tiene un principio y un final, ¿no es en sí misma narrativa? Además,

como los viajes suponen una salida de la realidad cotidiana, tienen algo de ficción. No hay entonces que inventar nada: el viaje es literatura ready made, un acto de vanguardia por definición que encuentra la literatura inscripta en la vida.

El desierto tuvo que dejar de ser exclusivamente un concepto tomado de los discursos de la filosofía política, la economía, la ciencia y la estética del siglo diecinueve, para convertirse, una vez más, en un procedimiento de escritura. Tenía que engancharme en las series de textos que quería recorrer para dejar una huella de lectura más entre esos libros que hacen lo que dicen: vacío, desierto, espacio. El corpus del desierto fue una máquina de hacer realidad sus enunciados—un funcionamiento que no deja de producir imágenes y sentidos virtuales que la ciencia, el estado o el capital actualizaban entre los cuerpos. No inventé nada, estaba todo allí. Sostenido no tanto por una idea o una experiencia como por un procedimiento, con pedazos de realidad política, estética, científica, jurídica, social, intenté montar una máquina de lectura algo destartada, endeble, defectuosa, pero que sin embargo me dejaba desplegar un continuo de lectura para entrar y salir de un libro por cualquier lado, cruzar de un discurso a otro, cambiar de lugar y de tiempo, moverme de un nivel de realidad a otro sobre un plano múltiple y abierto, sin centro, no dominado por autores, hecho de cruces, choques y distancias, de repeticiones y diferencias.

Entre todos esos pedazos de realidad, tu lectura fue decisiva. Y no me refiero a este momento de una conversación ininterrumpida, sino a una lectura anterior, cuando te alcancé el manuscrito. No sé si te acordás: yo que quería publicar mi primer libro, seguía escribiendo como si fuera la última vez. Quería un libro total, tan amplio como mi vida de lector. Y como en el desierto hay lugar para todo, seguía agregando unidades de redundancia a un texto que se me escapaba por todos lados, en todas las direcciones a la vez. Quería llenarlo todo, sin excluir nada, como si una pulsión barroca se hubiera apoderado de una escritura que ya no soportaba los espacios vacíos. ¿Cómo no incluir a Cambaceres, a Cancela, a Lugones? ¿Cómo olvidarme de Supervielle, Arlt, Güiraldes, Macedonio, de "El Sur" de Borges o del "desierto de los chistes" de Osvaldo Lamborghini? ¿Cómo detener una máquina de lectura, que se lanza sobre todo? ¿Dónde parar? Fue entonces que me sugeriste cerrar el libro en 1880 con la Campaña del Desierto, cuando el desierto, anárquico y lleno de posibilidades, se iba cerrando y domesticando, reducido a imagen folklórica de lo argentino como tal. La fuerza de trabajo, los transportes, la comercialización de los productos agrícolas, el aparato financiero, eran extranjeros, pero el campo era argentino, la esencia espiritual de una nación entregada a la especulación con la tierra y los títulos de propiedad. El relato tiene que terminar cuando termina el desierto, sugeriste, y entonces la red abierta que era el libro encontró un cierre que sólo podía venir de afuera, gracias a una lectura que, como una frase en tinta invisible, quedó grabada entre sus páginas.

Tuve suerte con lecturas como la tuya, que no confunden, como se decía hace un tiempo, el signo con la cosa. Mientras preparo la vuelta, releo tu Bahía Blanca, una novela donde vos también, de algún modo, narrás un espacio que es antes que nada un espacio discursivo, sin espesor referencial (¿no es una novela sobre una memoria en blanco?), inseparable de la voz narrativa que lo despliega (porque lo ficticio no son los hechos o los lugares narrados, que pueden o no existir: lo ficticio, lo que no existe, es siempre la voz. ¿No es toda literatura ficción?). La Bahía Blanca de tu novela está hecha con lo dicho, con lo que se dice anónimamente acerca de un espacio que es una extensión de la opacidad del narrador, un espacio no menos imaginario que el Palermo de Evaristo Carriego, tan en blanco como la conciencia de los hechos del narrador, o tan liso como esa laguna del final que es menos un lugar en Monte Hermoso que una laguna de la memoria. Me gusta pensar que Bahía Blanca y Un desierto para la nación son libros amigos, porque vienen del mismo lugar: el vacío de donde sale la escritura.

Nos vemos pronto, en Buenos Aires.

Un abrazo,

Fermín

EL ESTUDIANTE

Por Esteban Dipaola y Hernán Sassi

Querido Hernán Sassi:

No hemos tenido demasiada oportunidad de conversar sobre la película de Santiago Mitre El estudiante estrenada el año anterior, aunque igualmente entiendo que tu parecer no es tan auspicioso como el mío, supongo que de todos modos te gustó y si no es así me lo dirás.

A mí me gustó mucho y celebro que una película así sea posible en el cine argentino y además que haya tenido buena repercusión, incluso excediendo el propio ámbito estudiantil. Quizás esto se deba, en parte, al trabajo sobre el género (aunque bien sabés que a mí eso de los géneros no me interesa demasiado).

Quisiera comenzar por decir que jamás me atrevería a cuestionar, básicamente por su carácter de irrefutable, aquel axioma que enuncia: "sin militancia estudiantil femenina no habría militancia estudiantil masculina". Y, en lo que particularmente refiere a la película, ese es el trayecto de iniciación de Roque Espinosa (tan bien interpretado por Esteban Lamo-

the, a quien pienso sería bueno invitar en algún momento a participar de este intercambio). Ese trayecto está comprometido en la idea de un joven que llega desde una ciudad del interior de la provincia de Buenos Aires, no sólo a vivir en la gran ciudad Capital, sino además a entrometerse, podríamos decir, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Enseguida tal trayecto se transforma en un pasaje, porque la historia de amor con una profesora (Romina Paula) lo introduce en el mundo de la política estudiantil. Insisto con que se llega al compromiso militante por sexo, después se transforma en amor y de eso se trata la política (coincidamos en ello al menos). Bien sabés que conozco demasiado cada pasillo de esa facultad y que entiendo bien de qué se trata eso de participar de tomas y de marchas en procura de coincidir con alguna chica que en mi época de estudiante me gustaba. Entonces, esto me parece relevante en la película: el sexo y el amor anteceden siempre a todo proyecto político en ciernes.

La voz en off inaugura la presentación del relato, y sabemos, Hernán, es un recurso utilizado bastante dentro de esta suerte de post nuevo cine argentino surgido durante estos últimos años. Esa voz en off es fundamental para explicar el caótico organigrama de infinitas agrupaciones estudiantiles; entonces la política aparece primero bajo la forma de siglas y de afiches. No me parece casual.

Creo que ahí es donde debe interpretarse el filme, comprenderlo como una fábula sobre la militancia estudiantil. Me molesta mucho, y lo sabés, esa pretensión del espectador de apaciguar la estética en un realismo identificatorio, esa idea de: "así no es la militancia", "eso no es la política". Ese punto de partida desde una premisa fundante que dice qué es y qué no lo es obtura cualquier posibilidad de análisis estético (y toda estética es política, no hace falta aclararlo entre nosotros). En cambio, si observamos ese carácter de fábula, empezaremos a interrogar también la ficción política sobre la que "en realidad" estamos situados como pertenecientes al mundo universitario.

En El estudiante esa fábula se compone mediante trayectos y articulaciones espaciales. Aparecen diferentes espacios: asambleas, pasillos, fiestas, reconocemos los rincones de la Facultad de Ciencias Sociales en todo eso, pero más aún, reconocemos la política y la estética de la facultad.

Me detengo, además, en la utilización de los planos cerrados: por supuesto que es una decisión de economía narrativa, pero miremos adecuadamente el plano estético de ello: la política estudiantil es expresada mediante planos cerrados. Quiero decir, ya no podemos seguir hablando de la Gran Política, ahora el relato es más disperso (me remito, otra vez, a las infinitas agrupaciones enumeradas al comienzo del filme) y eso, sin embargo, se concentra en un espacio acotado (¿acaso a alguien en este país le interesa quién conduce el Centro de Estudiantes de Ciencias Sociales de la UBA?). El interés por la política en el filme se dirige ahí, no tengo

dudas. El estudiante coloca a lo político en un trayecto y obliga a mostrar el carácter de su estetización verdadera. Es decir, expresa la política estudiantil hoy, debido a lo cual la política sólo puede aparecer como anacronismo. Es casi un giro derrideano, permítame decirte. El relato político aparece como anacronismo bajo las figuras de la anécdota y la fábula: la anécdota de Ezeiza y la vuelta de Perón contada en el restaurant; la fábula del reto a duelo entre Lisandro de la Torre e Hipólito Yrigoyen; finalmente, esa escena de antología con la representación extemporánea del discurso de Perón y de Balbín en la voz de un militante estudiantil actual. Quiero decir, la política es campo de disputa sólo en el anacronismo. Y ahí es donde la película toma una decisión política que es, claramente, estética: no presenta al movimiento estudiantil, porque ya no es posible, porque actualmente carecemos de movimiento estudiantil (en todo caso tenemos administradores de fotocopias y apuntes). Así, el anacronismo es útil para restablecer la política sobre el lugar o el orden de la falta. El relato anacrónico –muy bien lo nota Derrida cuando refiere a Hamlet– es dar el tiempo en otro lugar. Dar la política allí donde ya no es posible, es la decisión estética más potente, creo yo, de la película de Mitre. A partir de esto, todo lo que comúnmente se conoce como “rosca” y que lleva a traiciones, enfrentamientos, peleas, etc. es lo que simula prevalecer en el relato. La lectura lineal que han hecho varios “militantes” (como me conocés entenderás las comillas) principalmente trostkistas aludiendo a que la película sólo exponía una parte sucia de la política haciendo que de ese modo se conforme una narrativa despolitizante me parecería de una carencia argumentativa e interpretativa llamativa si no fuera porque conocemos las limitaciones de esos planteos. Me pongo algo beligerante con ello, pero considero que no es posible el ejercicio efectivo de la política cuando no se la puede comprender siquiera en una película. El estudiante muy bien logra simular en su narrativa los efectos propios de la experiencia estudiantil actual entre sus infinitas agrupaciones. Por eso, como te sugería, la película recurre al anacronismo, pero también a la fórmula de los planos cerrados. Porque ya no puede hacerse presente en la representación el movimiento estudiantil, ni las marchas, ni siquiera la militancia. Todo ello no es posible porque no es lo que vemos cotidianamente en la facultad de sociales, no hay ya movimiento estudiantil porque no hay relato sobre el mismo, ya no se evidencia una épica que lo torne posible. A eso me refiero, precisamente, cuando expongo que el anacronismo es lo que restituye la política sobre la falta.

“Esto es política”, a cada rato en las dos horas y media de película se dice esa frase, en boca de uno o de otro de los personajes, la justificación de traiciones, de robos, de disputas, de lo que sea siempre es “esto es política”. Lo que revela eso es la experiencia de un consenso, todos admiten que la rosca, la traición es la política, todos llenan el vacío del relato político actual mediante esa figura del consenso. La política estudiantil se construye sobre esa lógica del consenso amable y redentor que dice: “esto es política”. Me parece, Hernán, que eso es lo que podemos llamar un plano cerrado narrativo. Si la película trabaja sobre los planos cerrados,

también lo hace en ese plano discursivo: en la actual lógica estudiantil de asambleas, de pasillos, de fiestas, el consenso es lo que organiza la sustancia política.

Pero es ahí donde me parece, y con esto quisiera ir cerrando estas pequeñas ideas, que El estudiante termina de introducir lo político. Te resultará demasiado ranceriano lo que pretendo expresar, pero estoy convencido de que se trata del giro más interesante del filme y que no fue advertido en las innumerables (prefiero no adjetivar) cosas que se han escrito desde el ámbito de la Facultad de Ciencias sociales sobre el mismo. Considero que la película propone pensar el relato estético desde el cual se introduce lo político en contraposición a la lógica consensual sobre la que interviene la política estudiantil actual. Cuando todo el relato de la política estudiantil se sostiene sobre la sentencia "esto es política". El estudiante repone la dimensión del conflicto y de esa manera introduce lo político. Por eso, frente a cierta lectura que alega una pretensión moralizante y una denuncia de las formas políticas estudiantiles, contrariamente, pienso que el filme se propone dar cuenta del movimiento político efectivo y práctico. "Esto es política" responde a la lógica policial (y permitime ahora ser exclusivamente ranceriano), pues clasifica, define qué es política y qué no lo es. Pero frente a ello la película de Mitre pone el conflicto, pues si la película concluye con una toma del rectorado (recordemos que durante el año 2002 esto efectivamente ocurrió en la Facultad de Ciencias Sociales) es para posibilitar la expresión narrativa del conflicto. Pero claramente, lo más interesante de la propuesta del filme es habilitar la percepción de que con eso no alcanza, que el conflicto no puede ser únicamente la toma del rectorado, sino que eso debe hacerse patente, materializarse como ruptura de la lógica consensual. De ese modo, el conflicto termina siendo posible como inauguración de lo político y, al tiempo, como final de la película: "¿Puedo contar con vos?", le dice su antiguo líder político, ahora Rector, a Roque Espinosa, y la respuesta es un gesto y una sola palabra: "No". Ahí lo político irrumpe como desacuerdo. Ahí la fábula que compone El estudiante se expresa como experiencia estética y política a la vez. Ya no hay consenso porque la aparición de lo político es justamente para dar cuenta de la ausencia, del vacío actual de la política estudiantil.

Bien, Hernán, por supuesto que muchas cosas más podría decir sobre esta película que como te comenté me gustó mucho, pero no quiero aburrirte ni ponerte exhaustivo o demasiado técnico con algunas cuestiones que no tienen demasiado que ver con este intercambio epistolar. Será de mi mayor agrado conocer más específicamente tu opinión e interpretación del filme.

Te mando un afectuoso abrazo.

Esteban Dipaola

Querido Esteban Dipaola:

La nuestra es una amistad sustentada, en gran medida, a base de charlas de café sobre el cine argentino contemporáneo. Una amistad y una charla siempre abiertas a los gustos compartidos y al disenso. Como verás en estas líneas, creo auspiciosa la aparición de *El estudiante*. Aunque creo que no coincidimos en los argumentos para considerarla de este modo.

Como para Baruch Spinoza, en la vida de Roque Espinoza se hacen indisociables pasión y política. Tal es así que, como vos lo marcás en tu carta, el protagonista entra en el conocimiento de la segunda por el ejercicio de la primera (a propósito, no te entendí cuando decís que "el sexo y el amor anteceden siempre a todo proyecto político en ciernes"). Es a través de su relación con Paula Castillo que Roque parece dejar atrás el descreimiento que muestra desde un principio por la política. Gradualmente irá aprendiendo no ya las virtudes del ejercicio de un oficio, sino los ardidés, en este caso, las tretas de la militancia, las cuales se resumen aquí solamente en la fría estrategia para conseguir cargos. En tanto viaje iniciático, coincido con vos en que es una fábula. Pero convengamos que como fábula de iniciación es una fábula fallida. Simplemente porque Roque, en un tránsito que parecía de aprendizaje, aunque al final no dependa ya de nadie como al principio, termina con la misma idea sobre la política. Si antes pensaba que "los políticos son todos iguales", como le dice al padre de su primera novia, al final puede repetir exactamente lo mismo. En este punto, entonces, disiento con vos cuando afirmás que "El estudiante coloca a lo político en un trayecto".

En cuanto a la puesta en escena, destaco que Mitre muestre la iniciación de Roque Espinoza con un sutil uso del punto de vista. Con planos de seguimiento, cámara subjetiva, planos bien cerrados y un uso activo del fuera de campo (en este rubro, los actores sociales que no se ven en pantalla, así como también las paredes y sus enigmáticas siglas y afiches que bien marcás, son vestigios de una larga historia institucional y nacional que se continúa fuera de campo), Mitre nos mete en el mundo de Roque. Primero nos muestra a Roque mirando desde afuera las clases y las charlas de Brecha, luego nos lo muestra escuchando y participando tímidamente de esas charlas, hasta que tras su "bautismo de fuego", Mitre deja de ubicarlo fuera o incluso en el vano de la puerta de las aulas, para involucrar a su personaje de modo activo. Roque pasa de ser un intruso (como tal ingresa a la casa de su primera novia) a ser un actor de la contienda política. La toma circular de la secuencia final (la única en todo el film) da cuenta sintéticamente de cómo Roque ha llegado a formar parte del círculo que toma decisiones. Si la cámara es inestable y no para de moverse durante todo el film —en oposición al último y único plano fijo—, exhibiendo el ámbito cenagoso y cambiante en el que se interna Roque, es sólo para culminar en esta toma metódicamente circular y equilibrada de la secuencia final con la cual Mitre subraya tanto el duelo entre los protagonistas como el nuevo

desafío de Roque. Un logro no menor, entonces, es la adopción de una puesta en escena – deudora de un director a quien Mitre admira como es Jaques Audriaud – mimetizada con el punto de vista del personaje.

Otro logro formal de la película –ya sé, menor– es el uso de los espejos para subrayar la duplicidad de Roque como hombre y como actor político. Si la traición (amorosa y política) siempre está latente en la cáustica visión de Mitre, esto también se representa en la duplicación mimética que ofrecen los espejos. A propósito del registro mimético, en tu carta me recordás tu fastidio ante el realismo. En mi opinión, el tono cuasi documental que tiene la película –no sólo me refiero al registro “en directo” de clases, asambleas y manifestaciones, sino también al realismo logrado en los diálogos gracias a un trabajo obsesivo sobre la jerga específica de la militancia en la UBA– es más un logro que un demérito. Con la adopción de este tipo de relato, quieraslo o no, Mitre propone un “así es la militancia” y un “así es la política”. Quiere mostrar una visión “realista” de la política. Pero antes que un análisis de la política real a lo Maquiavelo (es decir, que tome como axiomas de la política –y no como vicios o como “la parte sucia de la política”, como vos la llamás– a la ambición, la ingratitud, la volubilidad y la envidia), termina dejándonos, como luego explicaré, un comentario cuanto menos reduccionista tanto de la militancia como de la política.

Convengamos, Esteban, que exaltar sus logros formales, como he hecho, es, lo admito, un elogio borgeano. Sintéticamente te digo, en mi opinión, El estudiante no nos ofrece una nueva forma de ver ni la militancia ni la política. Según la película, la militancia no es una experiencia vital y el ejercicio de la política no es un motor de transformación de hechos concretos. Los vértices de su concepción de la política lo conforman la táctica, la “transa” y la traición. Al final del film Mitre deja claro que para hacer carrera y ascender hay dos caminos posibles (y no excluyentes): saber cebar mate y saber traicionar. Si bien la militancia y la política están indiscerniblemente unidas a la lucha por el poder, entendido éste como campo de litigio permanente y no como un puñado de cargos o negocios según se muestra en la película, la dimensión ética y el ejercicio de la política no pueden resumirse solamente en esa carrera. En este sentido, como lo hace tu querido Deleuze en *El Antiedipo* con el psicoanálisis, Mitre opera con la política y las ideologías políticas con la estrategia del reductor de cabezas. La política y la militancia, prácticas colectivas transformadoras, son reducidas a una serie de rasgos caricaturescos, en particular, al arte de la “rosca”, como bien lo describís. Lejos de abordar un contexto disperso y complejo (colmado de “infinitas agrupaciones”, como decís), y a su vez, lejos de complejizarlo, todo se reduce, por un lado, a una mirada moralizadora de la política, y por el otro, a una caricaturización de alguno de los actores como las agrupaciones de izquierda más ultra –aunque no solamente– que, como sabemos hoy día ya son caricaturescas per se. En este punto, no concuerdo con vos en que “la

rosca', las traiciones y los enfrentamientos es lo que simula prevalecer en el relato". Esteban, es simplemente lo que prevalece.

Con esta mirada de la política, no es casual encontrar a un grupo de jóvenes burlones que en un tramo del film recuerdan con sarcasmo escenas encarnadas de la historia política argentina. Éstos ofrecen —permítaseme la frase horaciana— un teatro mordaz solamente como remanso socarrón de un *modus vivendi* como el de la militancia. En este sentido, considero que El estudiante establece un diálogo pop con la historia política. No podrás negarme, Esteban, que esta aparición de Perón y Balbín, junto a la de Yrigoyen y Lisandro de la Torre, a las que podemos sumar como alusiones con los nombres de los personajes —me refiero a Hipólito, Lorenzo, Fadel (¿no te recordó a Farrel?)— y hasta el mismo apellido del director, son nombres que circulan más como juguetonas sopas Campbell que como símbolos fuertes de nuestra historia política.

Esto me lleva a retomar un pilar conceptual de tu análisis. Sostenés que "ya no podemos seguir hablando de la Gran Política, ahora el relato es más disperso", que "carecemos de movimiento estudiantil" y "ya no se evidencia una épica", que Mitre "da la política allí donde ya no es posible". Veo muy sutil tu análisis de los planos cerrados en consonancia con esta idea (algo que decía Gonzalo Aguilar, quien nos enseñó que el nuevo cine y el post-nuevo cine no representan un colectivo, llamémosle "pueblo" y aquí "militantes"), pero no coincido con tu diagnóstico. Creo que hay que pensar la película en su contexto de enunciación. Esto es, pensarla en sintonía con un retorno de la política como gran relato en términos globales y de la región, y circunscribiéndolo al ámbito universitario, con el retorno del peronismo (en tanto relato y en tanto actor de la contienda) a la actividad política en un ámbito del que prácticamente había desaparecido mientras nosotros dos —yo en Sociales y Letras, y vos en Sociales— estudiábamos. Creo que debe reponerse este contexto vivo —opuesto al "vacío de relato político actual" según tu opinión— que acertadamente no se menciona, pero que la película interpela.

Aunque no entienda muy bien cuando decís que "la política sólo puede aparecer como anacronismo" (seguro soy yo el que se pierde —permítaseme la chicana ya que somos amigos— cuando las ideas vienen en un packaging un tanto afrancesado), concuerdo con vos en que la película es gratamente anacrónica. En este orden, no es un acierto menor su mirada a contrapelo de los tiempos. Me refiero a que El estudiante, para decirlo en términos nietzscheanos, es una consideración intempestiva. En la "Segunda Intempestiva" Nietzsche proponía que lo intempestivo radicaba en considerar un mal o un vicio aquello de lo cual nuestra época se siente orgullosa. En tiempos en que pareciera retornar una militancia tras años de posmodernidad, neoliberalismo y unánime desnudo de la política, Mitre propone una mirada desencantada de la militancia y de la política. En este punto veo auspiciosa la aparición de una película como ésta que propone, con cinismo, el desencanto donde otros ven "Épica". Con-

vengamos, querido Esteban, que es una mirada cínica en su sentido moderno. Porque antes que exhibir un saber insolente y descubrir con mordacidad una verdad frente al poder como lo hacían los cínicos antiguos, más bien ejerce un cinismo en su versión moderna poniendo el foco en la hipocresía de los actos. Si de cinismo se trata, apostemos por él y digamos que Mitre explora el know how de la política universitaria, pero nunca se pregunta por el qué (valores, ideales; ya sé, viejas y vacías palabras, según esta visión) y el para qué y para quiénes se ejerce la política y se milita. En el capitalismo tardío, lo sabemos, ya casi no se nos venden productos, se nos venden técnicas e información secreta sobre cómo hacer dinero. Mitre, con pericia narrativa notable y con un Spleen cool magnético y para algunos irritante, cree descubrirnos ese know how de la política universitaria.

Considero auspiciosa la aparición de *El estudiante* para seguir pensando tanto el estado de la política (quedará para un futuro café que me cuentes cómo pensás esta película en su relación con el kirchnerismo, algo que me asombró no mencionaras en tu carta) como el estado del cine argentino contemporáneo. No es un mérito menor haber abierto un debate en tiempos en los que el cine argentino no nos entusiasmaba siquiera para tener la excusa de tomarnos un café.

Hernán Sassi

Postales

Percibimos en las postales un recuerdo, una añoranza, pero sobre todo una señal de amistad, de camaradería. Quien la envía pone en evidencia que en la lejanía, en la extrañeza de costumbres, idiomas, olores; en la aventura del viaje, hay siempre recuerdos y personas que a uno lo acompañan. Quien la recibe por otro lado, siente como pocos y a flor de piel lo que significa ser recordado, lo que significa ser tenido en cuenta. Es esa combinación entre el viaje, la amistad, las imágenes y las escuetas palabras, lo que define a ese inmenso cartón que a decir verdad poco importa lo que tenga impreso. En este caso es Laura Meradi quien le envía una postal a nuestra querida Pocha Silva, una postal en la que todo esto que pensamos se expresa como con la vivacidad del fuego recién encendido.



Veracruz
Gondola batiente sobre las ondas,
Clad temblando sobre la mar,
El gondolero preludia un canto
Blanco, palomas volando van
Remedando!



Rte.: Russo / Boverio / Guiñazú / Ronsino / Scott
García Lao / Tarazona / Ferrer / Ocampo / Acha
Di Meglio / Lasserre / Hernández / Kohan /
Rodríguez / Dipaola / Sassi / Meradi

ISSN 1853-998X